

Año IV.

Barcelona 30 de Octubre de 1890.

Núm. 177



Ayuntamiento de Madrid





### Hoy reciben los muertos.

La que es de ordinario mansión del reposo y del silencio, conviértese hoy en animado foco de alegría y bullanga; diríase que el eterno combate entre la vida y la muerte ha terminado á favor de aquella y que el ejército vencedor, excitado con la pelea y ébrio por la victoria, ha penetrado, rugiente, tumultuoso y profanador, en el siempre respetado recinto de los muertos.

No busqueis por parte alguna á los vencidos: estos, temerosos quizá ó quizá avergonzados, se han escondido bajo siete estados de tierra, sacando á flor de suelo pequeñas cruces, cuyos brazos misericordiosos intentan en vano detener al ejército invasor; los más ágiles han trepado por las paredes, han huido, como lagartijas perseguidas, á lo más profundo de los muros, y han tapado luego el boquete con doble muralla de ladrillo y de mármol; los más atrevidos han agrupado panteones contra panteones, cipreses contra cipreses y túmulos contra túmulos, como intentando formar barricadas; mas luego han temblado al pensar en el bombardeo y han corrido á refugiarse en las húmedas criptas de sus monumentos cinerarios.

¿Creeis que tan muda y elocuente protesta detiene un momento á los que vienen? Lejos de esto, ya que el degüello y el saqueo no caben en tal lugar, la burla lo llena por completo: el sarcasmo se cuelga de los nichos, la mofa se tiende en las lápidas, el ludibrio entra á carcajadas en los sepulcros. Y en efecto: ¿qué más burla que obsequiar con luces á quien ya no vé? ¿qué mayor mofa que adornar con siemprevivas al que dejó de vivir para siempre? ¿qué sarcasmo más grande que el de coronar de flores á quien tal vez de vivo coronamos de espinas?

¿Veis si sería regalo el de un niño que pusiera orgulloso su chichonera en las sienes de su papá? Pues así es de impropio y de ridículo el obsequio de los vivos cuando les llevan á los muertos los lujos, las pompas y las vanidades del mundo infeliz.

Quien más, quien menos, lleva, al entrar en el cementerio, una lágrima para un nicho y muchas risas para todos los demás.

Ante el nicho de la lágrima ¡eso sí! elévase nuestro corazón, como si este y el ni-

ño fueran platillos de una balanza y algo que del pecho pasó á la tumba, é hizo elevarse rápido al corazón; pero así como un clavo saca otro clavo, la diversión de ver otros sepulcros borra la amarga impresión del sepulcro primero; en este, la mirada cariñosa y humedecida atravesó el mármol, el ladrillo, el ataúd, la mortaja y lamió frenética la cabeza de un cadáver querido.... En los otros sepulcros ya no tiene la mirada fuerza para tanto: se detiene en las lápidas paseándose burlona por alguna inscripción de dudosa sintaxis, algún adorno chabacano ó algún apellido que incita á la risa.

En las uniformes calles de la ciudad de los muertos hay quién se pierde como en un laberinto, buscando inútilmente el nicho de algún relacionado, hasta que llega uno de los sepultureros y explica en donde *vive* el muerto en cuestión.

A veces no se encuentra el nicho ni por esas y ¡vuelta á llamar al sepulturero!

—¿Sabe Vd. que no está en donde V. dice?

—¿Cómo que no?

—Pues ahí verá Vd. El nicho está vacío.

—¡Ah! ya caigo: ¡cosas de los muertos! Con esto del sufragio, se han ido muchos al censo electoral.

Existen á cientos las viudas inconsolables que arreglan amorosamente el nicho del esposo, colocándole un vidrio nuevo y un farolillo á cada lado, de manera que aquello parece un coche de lujo.

Cualquiera exclama al pasar:

—¡Pobrecillo! Ni aún despues de muerto deja de estar en berlina el infeliz.

Señoras hay con tal afición á los resposos, que ya su manía es una verdadera *responsabilidad*.

—¿Dónde va Vd. tan sofocada?—le preguntan á una que ha oído tres veces la epístola de San Pablo.

—No me hable Vd., ¡por favor!: voy á echarle un responso á mi marido.

—Señora, no dé Vd. ese escándalo delante de la gente.

—¿Cómo escándalo? Mi marido está muerto....

—¿Por otra?

—No, hombre: ¡si hablo de mi primer marido, que está enterrado aquí!

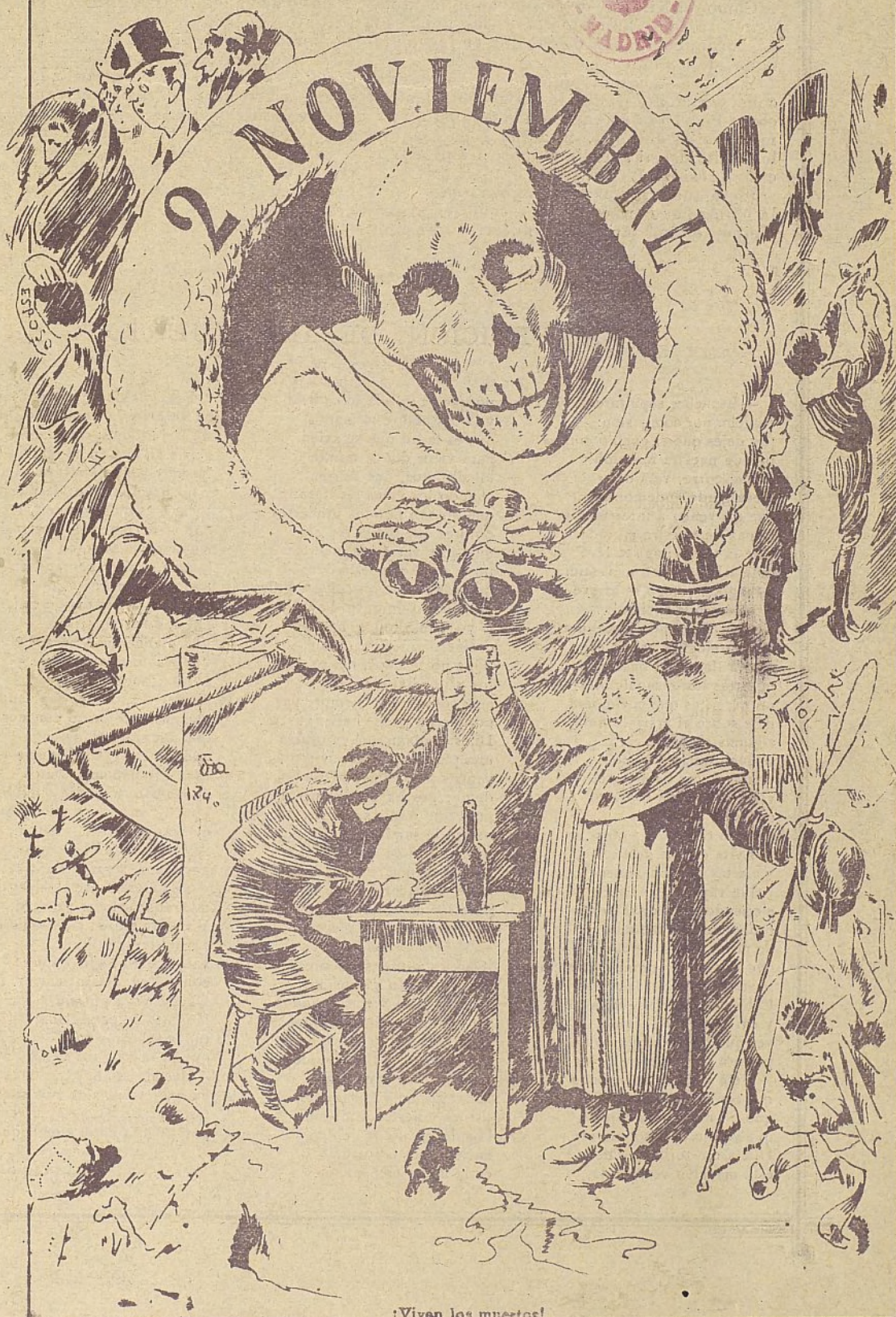
Pocos son los que, dentro del Campo Santo, piensan que tarde ó temprano han de ocupar uno de esos nichos que, como volúmenes de una tristísima biblioteca, se presentan alineados á lo largo de las paredes del cementerio.

Desgraciadamente, en esta época del año va poca diferencia de un día de campo á un día de Campo... Santo.

La humanidad viviente, haciendo ruidoso alarde de vida ante la humanidad que ya no es, parece repetir el desplante del Tenorio:



ALEGORIA por APELES MESTRES.



¡Vivan los muertos!

Ayuntamiento de Madrid



*¿Qué respetos gastar debo  
con los que tendí á mis piés?*

Como el Nilo se desborda anualmente, así el torrente humano todos los años se desborda, colándose de rondón en las ciudades de los muertos.

Y precisamente lo que más se presta á consideraciones es que los vivos entren allí como Pedro por su casa, sin que aquella atmósfera les detenga, ni aquel espectáculo les intimide, ni aquel ambiente les produzca impresión alguna.

¿Será que estamos tan familiarizados con la muerte que creemos oír—como el gran Heine—en los latidos de nuestro corazón

los martillazos del carpintero que clava nuestro féretro?

Ya lo decía el insigne *Figaro* el día de Difuntos de 1836:

«Vamos claros, dije yo para mí: ¿dónde está el cementerio? ¿fuera ó dentro? Un vértigo espantoso se apoderó de mí y comencé á ver claro. El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza ó de un deseo.»

LUIS ROYO VILLANOVA.

## LA PETICION DE UN MUERTO

—Escucha, sepulturero, escucha por compasión: ¡no dejes que el pueblo entero invada nuestra mansión!

Anda, corre, ve á decir á esa gente endemoniada que no venga á interrumpir la paz de nuestra morada.

Que la tierra nos sea leve pide á Dios quien nos estima, y luego... ¡luego se atreve á ponérsenos encima!...

Ve que, fingiendo amargura, vienen muchos animales sólo á llenar de basura nuestras lozas sepulcrales; no permitas que cualquiera deje sobre el mármol fino algunas gotas de cera y muchísimas de vino, y unas pocas de agua la viudita que, sin sonrojos, antes de venir acá se untó con ajo los ojos...

Evita ciertos deslices y ciertas indiscreciones y que vayan las narices metiendo en los panteones, probando con ese modo de mirar todas las cosas, que hay quien por meterse en todo hasta se mete en las fosas. Echa de aquí á esa importuna y curiosa gente... ¡no ves que me recuerdan á una portera que tuve yo?...

Véte y dile á la bribona que fué mi esposa querida, que no me ponga corona, que ya me la puso en vida. Dile á esa turba que llena esta mansión veneranda,

porque la iglesia lo ordena y la costumbre lo manda, que es inútil que se avien para venir donde moran los difuntos, que se rien cuando los vivos les lloran, que no son hondos ni ciertos dolores que todos ven, que los vivos á los muertos no es fácil que se la dén; que puede que un compungido, por dentro de gusto baile...

—yo, como todos, he sido cocinero antes que fraile.— ¡Que no se oigan del procax los gritos bajo la tierra, aquí, donde hay siempre paz... porque no puede haber guerra!

Diles también que es tirarse una plancha, se lo advierto, venir aquí á lamentarse de que nos hayamos muerto, pues tan grandes atractivos ofrece la tumba fría, que es lástima que los vivos no hayan muerto todavía.

¿Que el placer deja de ser para los muertos? ¡Mejor! ¡Así como así, el placer es el germen del dolor!...

¿Que los gusanos insanos nos destrozan y consumen? Bueno; y los vivos ¿gusanos no tienen que los abrumen? ¿Por ventura no sentís la consunción á que aludo?

¿acaso no os consumís la sangre muy á menudo? De los muertos á piedad la soledad no os debiera mover, pues la soledad es la mejor compañera.

Esa igualdad que en la mente os forjáis y que ansiáis tanto, no la busqueis: solamente existe en el Campo-santo. No hay aquí humildes ni altivos y no hay tontos ni despiertos... ¡Que más quisieran los vivos que vivir como los muertos!...

Aquí jamás se trabó la más mínima pendencia: ¡como no se existe, no se lucha por la existencia!... Diles, diles que tirarse una plancha es y será, venir aquí á lamentarse porque no existimos ya.

Advierte á todo el que venga, que en su dolor no creemos, que por entendido tenga que nunca agradeceremos esos que llaman tributos á un sér que les fué querido y esos llantos... y esos lutos que no pasan del vestido. Aquí entrar no les permitas, por favor, sepulturero...

—¡Si quieren entrar,—les gritas—muéranse ustedes primero.

Y aun que cada cual viniere sus tristezas á llorar, verás como nadie quiere con tal condición, entrar...

Que se vaya por ahí la gente de pena llena; todos sabemos aquí que la raíz de esa pena —que año no hay que de la calma en que estamos no nos saque,—no hay que buscarla en el alma, porque está en el almanaque!

FERNANDO SEGURA



¿ . . . . ?

Era uno de los últimos días de verano y al caer la tarde. El sol, que parecía despedirse haciendo alarde de sus fuerzas, brillaba inusitadamente, iluminando con su dorada luz las quebraduras de peñas que, como festones de granito, limitaban por ambos lados el camino. La diligencia corría envuelta en una nube de polvo y moscas; llegaban al oído, confusos y mezclados, los gritos del zagal, el cascabeleo de los collares de las mulas y las maldiciones de los pasajeros, presos entre tablas que parecían pugnar por separarse, poniéndonos á cada bache que producía un tumbó, en peligro de cortarnos la lengua con nuestros propios dientes á poco que nos descuidáramos.

Hubo una cuesta donde la carrera fué vertiginosa; los árboles inmediatos á la carretera pasaban junto á las ventanas del coche como como huyendo de él; los chicos de las aldeas que atravesábamos intentaban en vano subirse á la trasera; las aves de corral escapaban atemorizadas al sentirnos; las mulas corrían y corrían; el coche iba, en fin, más de prisa que pensamiento de ambicioso. Al llegar á un pueblecito hicimos alto; y cuando el mayoral empezaba á impacientarse porque no salía el relevo de las cuadras, nos dijeron que aún tardaría el coche más de un cuarto de hora en poder arrancar de nuevo, pues no esperándole tan pronto como había llegado, estaban todavía las mulas en una era que distaba de allí dos largos tiros de fusil.

Pregunté entonces si había en el lugar algo notable que ver; dijéronme que no, y eché á andar por gusto de estirar las piernas, como para convencerme de que todavía estaban en buen uso y sabían su oficio.

El pueblo valía poco; no había en él ni un solo edificio digno de citarse; era triste y miserable, pero en las afueras se veían, como tendidas en la falda del cercano monte, algunas casas de labor ocultas entre copudos árboles. Al torcer un brusco recodo del camino, me hallé junto á las tapias del cementerio.

Cuatro muros de tierra parda y deleznable limitaban el sagrado recinto: empujé la puerta, sobre la cual se alzaba una cruz de madera tronchada por los vientos, y entré. Todo era humilde y pobre, pero solemne y elocuente; que cuanto más desnuda de grandezas aparece la muerte á nuestros ojos, más impone. Ni había largos epitafios ni sepulcros de bronce, ni columnas de jaspe, sino cruces de palo clavadas en la tierra, calma, silencio, soledad angusta, y ocultas entre la verde alfombra de yerbajos que cubrían las tumbas, millares de esas florecitas tristemente amarillas que, como hijas

del llanto sólo en tales lugares crecen, y rojas amapolas, que en aquel sitio semejaban manchas de sangre derramada en las luchas de la vida.

Como si se hubiera querido hacer allí palpable la hermosa idea de la igualdad humana, casi todas las tumbas eran en su pobreza parecidas. Quizá por esto mismo, ó tal vez por su mayor altura, me llamó la atención una que consistía en una cruz de mármol basada sobre una losa de granito hacia la cual las lluvias habían arrastrado la bastante tierra para cubrir una inscripción brevísima, de la cual podía solamente leerse esta fecha: 1860.

Colgadas de los brazos de la cruz veíanse seis coronas de siemprevivas, de las que muchas desmentían su nombre por lo secas. La primera, contadas de izquierda á derecha, estaba completamente destruida, era el esqueleto de una corona; sólo quedaba de ella ese rollo de pajas que unos revisten de florecitas con la mayor indiferencia, para que otros lo depositen llorando ante un sepulcro. En sus cintas apenas podían ya adivinarse los guarismos que componían esta cifra: 1861; la segunda, también ajada y seca, decía: 1862; la tercera, descolorida y pálida, deshecha y maltratada por los vientos, correspondía á 1863; en la cuarta, conservada más entera y con más color, los números se leían aún perfectamente: 1864. La última, casi lozana y fresca, era del año siguiente. El aire las hacía temblar, moviéndolas lenta y dulcemente; parecía que forcejeaban queriendo detener ante aquella piedra caldeada por el estío las frescas brisas de la tarde; el sol poniente fingía volverlas el color perdido; nada se oía en torno, ni el chirrido de los animalitos estivales, ni el bullicio de las cercanas eras, ni aun el blando aleteo de los pájaros, que faltando la luz venían medrosos á esconderse en los resquicios del tejadillo de la puerta, mientras yo pensaba mirando aquel sepulcro: «Aquí yace uno que todavía vive en la memoria de otro.» Pero noté enseguida que si la última corona correspondía á 1865, eran ya pasados algunos años, y la mano cariñosa que allí se adivinaba no había venido como antes, á dejar sobre los brazos de la cruz ninguna nueva prueba de que fuese la fiel ejecutora de lo que un alma triste la ordenaba.

«En tanto tiempo—me decía yo—¡pueden olvidarse tantas cosas!...»

«Esto es lo que aquí ha sucedido: quien se quedó ha olvidado á quien se fué, y el año en que la nube del dolor se ha disipado al recibir el beso consolador de la alegría, los brazos de la cruz han esperado en vano una nueva corona; la tierra se ha extendido sobre la piedra libremente; dentro de poco el afelpado musgo echará raicillas en los huecos de las letras grabadas bo-



UN AUTÓGRAFO DE RUIZ AGUILERA  
(ILUSTRACIÓN DE CILLA)



# CANTARES

(De los Cantares)

Audencia da' la fortuna,  
pero el que acude a' su audencia  
tiene que bajarle mucho,  
porque es muy baja la puerta!

Diciendo está el cigarro  
lo que es la vida,  
fuego de unos instantes,  
humo y ceniza.

Forman la muerte y la ausencia  
en el alma un cementerio,  
con nichos donde el olvido  
va enterrando los recuerdos.

De jorobas del cuerpo  
todos se burlan,  
¿quién habrá que en el alma  
no lleve alguna?

La casa de mi vecino  
dos puertas tiene a' dos calles,  
cuando el hambre entra por una,  
por otra la virtud sale.

Pentecosa Ruiz  
Aguilera



rándolas enteramente, y todo habrá concluido.»

La luz iba faltando, y la curiosidad me atenaceaba por saber una cosa vulgar hasta no más: la eterna historia de uno que se muere y otro que le olvida.

Espiraba la tarde; las temblorosas sombras de los altos cipreses envolvían la cruz como una gasa fúnebre, cuando al mirar fijamente el sepulcro creí ver su piedra trasparente y conmovirse, ofreciendo á mis ojos el oscuro fondo de la tierra algo como un extraño kaleidóscopo, cuyas visiones fueran el espejo en que se reflejaba lo que mi fantasía iba forjándose. La losa de granito fué tomando los brillos de un cristal que conservaba la forma de la lápida, y por bajo de ella cruzaron ante mí escenas no ocurridas con que yo pretendía fingirme lo que quería adivinar. Y creí ver explicadas las seis coronas de mil modos distintos.

¿Quién no se crea una historia de amor ante una tumba ya olvidada?

Ví brillar las primeras miradas que llegan hasta el fondo del alma y no quieren salir jamás de allí; los primeros suspiros que se beben como algo nuevo que nos da vida; las citas á esas horas que tardan tanto en llegar y que se van tan presto; las veladas de amor con sus estrellas en el cielo y con sus besos en la tierra, y esas inciertas esperanzas y dulces inquietudes con que el cariño se alimenta, y las promesas que se hacen sin saber cuando se podrán cumplir.

Luego, tomando un rumbo distinto mis antojos, ví un poema de paz y de dulzura

donde lo había visto de pasión amorosa y alocada...

La madre jugando con el niño, que enredaba sus temblorosas manecitas entre las anchas y robustas trenzas de una cabeza bañada en los arbores de luz que parece esparcir en torno suyo la alegría; los pasos inciertos, las primeras caricias hechas por el hijo como obedeciendo á un instinto, y recibidas por la madre como aspirando un perfume; las primeras balbucientes palabras, antes que dichas por el labio adivinadas por la impaciencia del deseo... y luego la sepultura, las seis coronas, el problema en pie. Aquello era la novela de un alma que había amado y se veía olvidada, algo que hacía sentir frío mortal en las entrañas; era mirar la tumba de uno mismo, leer en su propio porvenir, hundir la vista en lo futuro y ver el nombre borrado, la lápida invadida por las plantas, las coronas marchitas...

Amante ó madre, hombre ó mujer, el vivo había muerto ó el muerto estaba ya olvidado.

Cerrada la noche, volvíme triste y pensativo hacía el lugar; monté en el coche, que partió arrastrado al galope de las mulas, y mientras tuve fija en la memoria la imagen de lo que creí ver y lo que ví, hubiese dado cuanto tenía por saber la historia de las seis coronas. Pero de allí á poco, pensándolo bien, hubiera dado lo mismo por seguir ignorándola, y ahora prefiero á la realidad horrible con que pudiera tropezar, el antojo de mi imaginación.

Quiero creer que los muertos eran dos.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

## TALIS VITÆ...

Yo no he dado jamás en la manía de profanar con torpe hipocresía la sublime quietud del cementerio, ni pienso visitarlo, hasta que un día sacuda de la vida el cautiverio.

Yo sé muy bien que, al sufrimiento ajenas, sólo su necia vanidad halagan esas almas, fingidas Magdalenas, que, tras alardes de aflicción, apagan con libaciones de placer las penas.

Y en las tinieblas del dolor sumido, prefiero congregarme en mi memoria á los seres amados que he perdido, que estarán en la gloria... si es que hay gloria; y sin turbar su calma y su reposo, desde mi estancia triste y solitaria, les dedico un recuerdo cariñoso por única plegaria.

Muy lejos de imitar los desaciertos, ni buscar á la pena lenitivos en esa ostentación con que los vivos parece que se mofan de los muertos, si hay una humana planta que indiscreta hollar intente la mansión secreta

donde mis restos encerrar deseo, diré con el poeta:

«¡Va ni en la paz de los sepulcros creo!»

Las almas de los seres que he querido ya saben que ni el tiempo ni la ausencia conseguirán que deje por olvido de rendirles tributo en mi conciencia.

Y al ver con alegría con cuanta rapidez el tiempo pasa, juzgo cercano el día en que pueda ir á hacerles compañía, y á ofrecerles mi casa.

¡Quien sabe! Esperaré: la vida es corta; por eso me resigno con mi suerte; ser feliz ó no serlo, ¿qué me importa teniendo la esperanza de la muerte? ¡La vida! ¿qué es la vida? Fantasma que se escapa de las manos, promesa inútil de placeres vanos; materia envilecida, por la ambición y la maldad roída mucho antes de roerla los gusanos.

FRANCISCO CAPELLA.



## DÍA DE DIFUNTOS, POR PONS.



El respeto que inspiraban antes



DÍA DE DIFUNTOS, POR PONS.



El respeto que inspiran hoy



# Album de los muertos

## La polémica literaria

... á Madrid la république des lettres était celle des loups, toujours armés les uns contre les autres; et livrés au mépris ou ce visible acharnement les conduit, tous les insectes, les moustiques, les cousins, les critiques, les maringouins, les envieux, les feullistes, les libraires, les censeurs, et tout ce qui s'attache á la peau des malheureux gens de lettres, echavait de déchiqúeter et de sucer le peu de substance qui leur restait.

(BRAUMARCHAIS. Le Barbier de Seville. Act. I.)

Muchos son los obstáculos que para escribir encuentra entre nosotros el escritor, y el escritor sobre todo de costumbres, que funda sus artículos en la observación de los diversos caracteres que andan por la sociedad revueltos y desparramados; si hace un artículo malo, ¿quién es él, dicen, para hacerle bueno? Y si le hace bueno, *será traducido*, gritan á una voz sus amigos. Si hu-yó de ofender á nadie, son pálidos sus escritos, no hay chistes en ellos ni originalidad; si observó bien, si hizo resaltar los colores, y si logra sacar á los labios de su lector tal cual picante sonrisa: «es un payaso», exclaman, como si el toque del escribir consistiera en escribir serio; si le ofenden los vicios, si rebosa en sus renglones la indignación contra los necios, si los malos escritores le merecen tal cual varapalo, «es un hombre feroz, á nadie perdona. ¡Jesús, qué entrañas!» ¡Habrá pícaro que no quiere que escribamos disparates! ¿Dibujó un carácter y tomó para ello toques de este y de aquel, formando su bello ideal de las cualidades de todos? ¡Qué picarillo, gritan, cómo ha puesto á don Fulano! ¿Pintó un avaro como hay ciento?—Puesese es don Cosme, gritan todos, el que vive aquí á la vuelta.—Y no se desgafite para decirle al público:—«Señores, que no hago retratos personales, que no critico á uno, que critico á todos. Que no conozco siquiera á ese don Cosme». ¡Tiempo perdido!—Que el artículo está hecho hace dos meses, y don Cosme vino ayer.—Nada.—Que mi avaro tiene peluca y don Cosme no la gasta.—¡Ni por esas!—Púsole peluca, dicen, para desorientar, pero es él.—Que no se parece á don Cosme en nada.—No importa; es don Cosme; y se lo hacen creer todos á don Cosme, por ver si don Cosme le mata; y don Cosme, que es caviloso, es el

primero á decir: «ese soy yo». Para esto de estender alusiones nadie como nosotros.

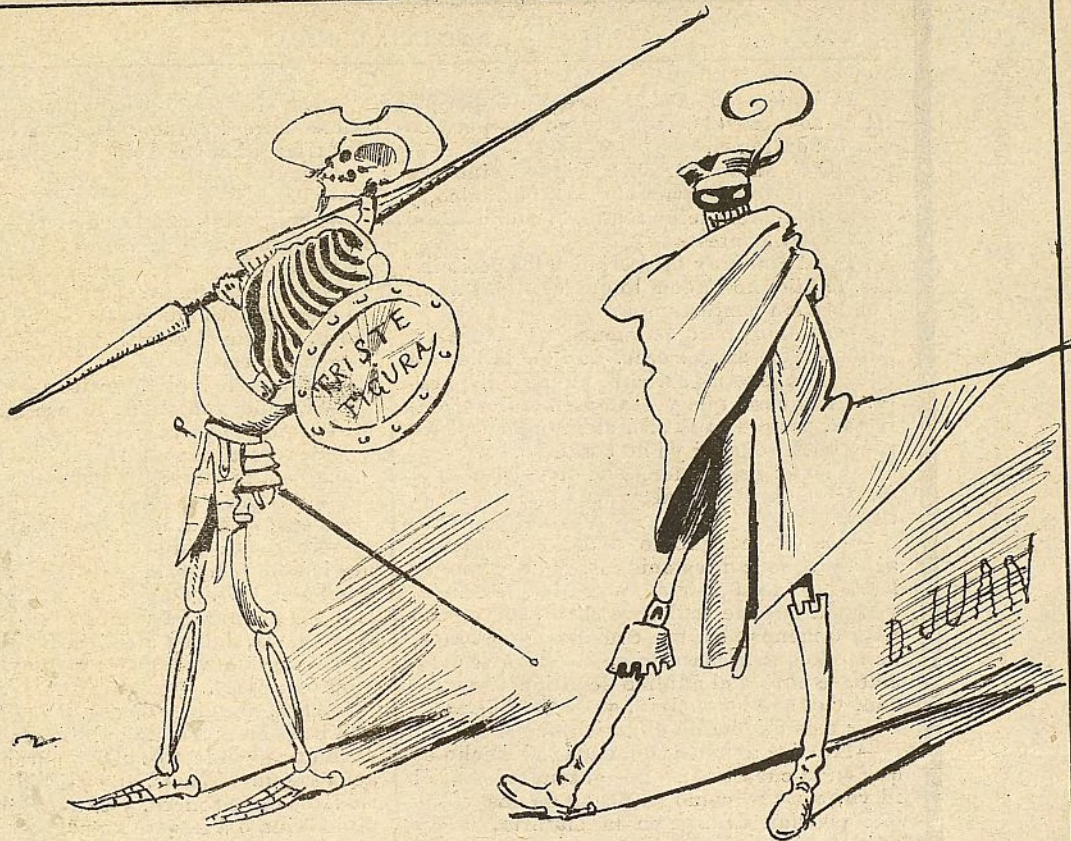
¿Consistirá esto en que los criticados que se reconocen en el cuadro de costumbres se apresuran á echar el muerto al vecino para descartarse de la parte que á ellos les toca? ¡Quién sabe! Confesemos, de todos modos, que es pícaro oficio el de escritor de costumbres.

Con estas reflexiones encabezamos nuestro artículo de hoy, porque, no nos perdone Dios nuestros pecados, si no creemos que antes de llegar al último renglón han de haber encontrado nuestros perspicaces lectores el original del retrato que no hacemos. Como cosa de las doce serían cuando cavilaba yo ayer acerca del modo de urdir un artículo bueno que gustase á todos los que le leyesen, y encomendábame á toda priesa, con más fe que esperanza, á santa Rita, abogada de imposibles, para que me deparara alguna musa acomodaticia, la cual me enviase inspiraciones cortadas á medida de todo el mundo. Pedíale un modo de escribir que ni fuese serio, ni jocos, ni general, ni personal, ni largo, ni corto, ni profundo, ni superficial, ni alusivo, ni indeterminado, ni sabio, ni ignorante, ni culto, ni trivial; una quimera, en fin, y pedíale de paso, un buen original francés de donde poder robar aquellas ideas que buenamente no suelen ocurrirme, que son las más, y una baraja completa de trasposiciones felices, de estas que el diablo mismo que las inventó no entiende, y que por consiguiente no comprometen al que las escribe.... Pero estoy para mí que no debía de hacer más caso de mis oraciones la santa del que hacen los cómicos de los artículos de teatros, porque ni venía la musa, ni yo acertaba á escribir un mal disparate que pudiese dar contento á necios y á discretos. Mesábame las barbas y renegaba de mi mal cortada pluma, que siempre ha de pinchar, y de mi lengua que siempre ha de maldecir, cuando un cariacontecido mozalvete, con cara de literato, es decir, de envidia, se me presentó, y mirándome zaino y torcido, como quien no camina derecho ni piensa hacer cosa buena, díjome entre uno y otro píropo, que yo eché en saco roto, como tenía que consultarme y pedirme consejos en materias graves.

Invítéle á que se sentara, lo cual hizo en la punta de una silla, como aquel que no quería abusar de mi buena crianza, poniendo su sombrero debajo de una mesa á modo de florero ó de escupidera.

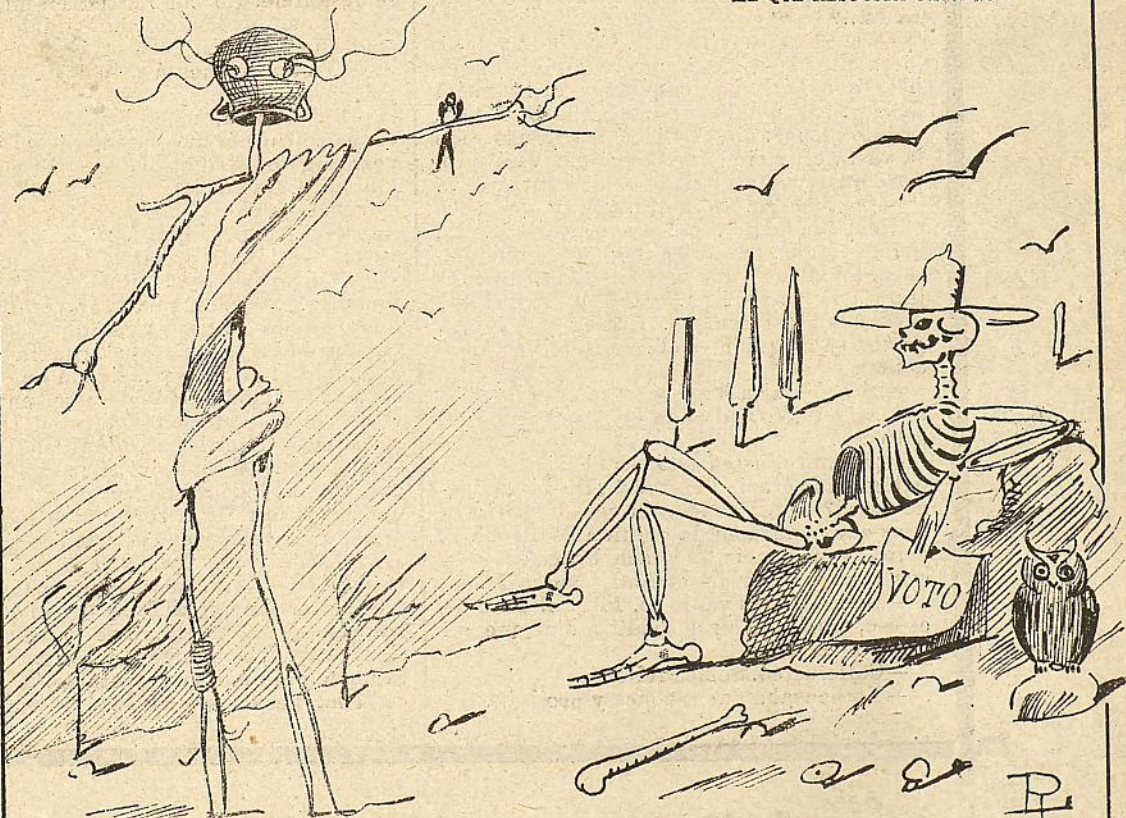


## MUERTOS, por LAGO



EL QUE NUNCA MORIRÁ

EL QUE RESUCITA CADA AÑO



UN MUERTO DE GUARDARROPIA

UN MUERTO BIEN MUERTO



—¿Y qué es el caso? le pregunté; porque ha de advertir el lector que yo me perezco por los diálogos.

—¿Qué ha de ser, señor Fígaro, sino que yo he puesto un artículo en un periódico, y no bien le había leído impreso, cuando ¡zas! ya me han contestado?

—¡Oh! Son muy bien criados los periodistas, le dije; no saben lo que es dejar á un hombre sin contestación.

—Sí, señor; pero de buenas á primeras, y sin pedirme mi parecer, dan en la flor de decirme que es mi artículo un puro disparate. Es el caso que yo también quiero contestar, porque ¿qué dirá el mundo, y sobre todo la Europa, si yo no contesto?

—Cierto: no se piensa en otra cosa en el día sino en Portugal y en su artículo de usted.

—Ya se ve; y como usted entiende de achaque de contestaciones, y de cómo se lleva por aquí eso de polémica literaria, vengo á que me endilgue usted, sobre poco más ó menos, cuatro consejos oportunos, de modo que la materia en cuestión se dilucide, se entere el público de quién tiene razón, y quede yo encima, que es el objeto.

—¿Y de qué habla el artículo?

—Le diré á usted: de nada; el hecho es que en la cuestión no nos entendemos ni él ni yo, porque como la mitad de las cosas que podrían decirse en la materia, uno y otro las ignoramos, y la otra mitad no se puede decir....

—Sí.... pues eso es muy fácil... ¿pero trata de...?

—De tabacos, sí, señor. Con que yo quisiera que usted me indicase todos los hombres que han tenido que ver con tabacos desde Nicot que los descubrió hasta Tissot, por lo menos, que está contra su uso. Con la vasta erudición que usted me va á proporcionar yo haré trizas á mi contrario....

—¡Ay, amigo, le interrumpí, y qué poco entiende usted de polémica literaria! En primer lugar, para disputar sobre una materia lo primero que usted debe procurar es ignorarla de pe á pa. ¿Qué quiere usted? Así andan los tiempos. En segundo lugar, ¿usted sabe quién es el autor del artículo contra usted?

—¿Y qué falta hace para aclarar la cuestión, al público, saber quién sea el autor del artículo?

—¡Hombre, usted está en el cristus de la polémica literaria del país! ¿De dónde viene usted? Usted no lee. En vez de buscar libros que confirmen la opinión de usted, la primera diligencia que ha de hacer es saber quién es el autor del artículo contrario.

—Bueno; pues ya lo sé. Pero el caso no es ese, sino que un periódico dice que mi artículo es malo.

—Calle usted. Somos felices.

—Yo pensaba dar razones y probar...

—No, señor, no pruebe usted nada. ¿Usted se quiere perder? Diga usted: ¿qué señas tiene el adversario de usted? ¿Es alto?

—Mucho: se pierde de vista.

—¿Tendrá seis piés?

—Más, más: hágale usted más favor.... Pero ¿qué tiene que ver eso con la cuestión de tabacos?

—¿No ha de tener? Empiece usted diciendo que su artículo de usted es bueno: primero, porque él es alto.

—¡Hombre!

—Calle usted. ¿Ha escrito algunas obras?

—Sí, señor; en el año 97 escribí una comedia que no valía gran cosa.

—Bravo; añada usted que usted entiende mucho en tabacos, fundado en que él hizo el año 97 una comedia....

—Pero, señor, haremos reír al público....

—No tenga usted cuidado: el público se morirá de risa, y la palestra queda por el que hace reír. ¿Qué más tiene el adversario? ¿Tiene alguna verruga en las narices, tiene moza, debe á alguien, ha estado en la cárcel alguna vez, gasta peluca, ha tenido opinión nula?...

—Algo, algo hay de eso.

—Pues bien: á él: la opinión, la verruga... duro en sus defectos. ¿Qué entenderá él de achaque de tabacos, si escribió en los periódicos de entonces, y el año 8 jugaba á la pipirijaina ó á la pata coja?

—¿Pero á dónde vamos á parar?...

—Á la tetilla izquierda, señor: usted no se desanime: ¿le coge usted en un plagio? El texto en los hocicos, el original, y ande. ¿Sabe usted algún cuento? á contárselo.

—¿Y si no vienen á pelo los cuentos que yo sé?

—No importa; usted hará reír, y ese es el caso. ¿Dice él que usted se equivoca una vez? Dígame usted que él se equivoca ciento, y pata. Usted es un tal: y usted es más: este es el modo.

—Pero, señor Fígaro, ¿y dónde dejamos ya la cuestión del tabaco?

—¿Y á usted qué le importa ni á nadie tampoco? Déjela usted que viaje. Por fin, luego que usted haya agotado todos los recursos de la personalidad, concluya usted apelando al público y diciendo que él sabrá apreciar la moderación de usted en la cuestión presente; que se retira usted de la polémica, en primer lugar, porque ha probado suficientemente su opinión acerca de tabacos con las poderosas razones antedichas de la estatura, de la verruga, de la comedia del año 97, de las deudas y de la opinión del adversario: y en segundo lugar, porque habiendo usado el contrario de mala fé y de indecorosas personalidades (y eso dígalos usted aunque sea mentira), de que usted no se siente capaz, en atención á que usted respeta mucho al público respetable, la polémica se ha hecho asquerosa é interminable.

Aquí dice acerca de que reun... be, que qu... quen á u...

—Señor, yo le enc... en un pa... la literat... nos honc... mente en... mismos o... hazme r... güenza...

—¡Ay! tiene us... ralo us... ble. Pue... chos añ...

Eres h... mas disc... que el an... y otra co...

Nuestr... tú dispus... pero, ha... consulten...

Que e... hasta las... y aunqu... no cae p...

De só... de esto... no hay... ¡conque...

Antes... si son e... á todas... dicen q...

Puest... saco en... que un... es cuen...

Pone... la grac...

—L... en dia... Mas, d... obra d... agua d... por el...



Aquí dice usted una gracia ó dos si puede acerca del mayor número de suscripciones que reúne el periódico en que usted escribe, que es razón concluyente, y que le piquen á usted moscas.

—Señor Fígaro, ese plan será bueno; mas yo le encuentro el inconveniente de que si en un país en que tan poco prestigio tienen la literatura y los literatos, en vez de darnos honor unos á otros nos damos mutuamente en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares y nos hacemos el hazme reir del público... y á mí me dá vergüenza....

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Ahora salimos con que tiene usted vergüenza y....? ¡Voto vá! Díjelo usted al principio. Usted es incorregible. Pues, amigo, voy á concluir: hace muchos años que voy por el mundo, y las más

de las polémicas que he visto se han decidido por este estilo. Fuera, pues, razones, señor mío, y látigo y más látigo; no sé qué sabio ha dicho que las más de las cuestiones son cuestiones de nombre; aquí, amigo mío, las más son cuestiones de personas.

Y con esto despedí á mi cliente, que no sé si habrá aprovechado mis consejos. Una cosa tan sólo le supliqué al salir por el umbral de mi puerta.

—Si acaso, le dije, oye usted decir á las gentes cuando le vean por el mundo: «ahí va el cliente de Fígaro, ese es el del artículo.»

—No lo creo—responda usted: el cliente de Fígaro es un ente ideal que tiene muchos retratos en esta sociedad, pero que no tiene original en ninguna.

LUIS MARIANO DE LARRA.  
(Fígaro).

## AMOR EN CUENTA

Eres hermosa y te quiero;  
mas discurramos en prosa,  
que el amor es una cosa,  
y otra cosa es el dinero.

Nuestro caso es muy sencillo:  
tú dispuesta, yo corriente;  
pero, hablando formalmente,  
consultemos el bolsillo.

Que el dinero, sea el que sea,  
hasta las piedras ablanda,  
y aunque por las nubes anda,  
no cae por la chimenea.

De sólo amor, no se asombre  
de esto tu hermosura altiva,  
no hay una mujer que viva;  
¡conque imagínate un hombre!

Antes bien, dos que se quieren,  
si son en amor peritos,  
á todas horas y á gritos  
dicen que de amor se mueren.

Puesto al cuello este dogal,  
saco en limpio, como ves,  
que un amor sin interés  
es cuenta sin capital.

Pone mi pasión muy alta  
la gracia con que me abrumas;

mas, veamos lo que sumas  
para saber lo que falta.

Porque si hay lenguas inquietas  
que te siguen donde vas  
y te dicen que eres más  
salada que las pesetas,

hombres de lisonjas bartos,  
como yo, saben de coro  
que es tu belleza un tesoro  
que equivale á cuatro cuartos.

No soy á tu afán esquivo,  
y en buena razón me fundo;  
mas ya, Inés, en este mundo  
no hay más que lo positivo.

Pero cedo... no haya apuros.  
La cuestión es de una prima:  
tu belleza.... bien, y encima,  
poca cosa..... cien mil duros.

Muy grande es, por lo que ad-  
(vierto,

la beldad que en tí se encierra,  
mas yo no tengo ni tierra  
sobre que caerme muerto.

No hay hombre que te resista,  
si en tu hermosura repara.  
¡Qué cara tienes!.... ¡Qué cara!....

Pero cara.... tu modista.

Quiero decir, que en mortales  
faustos, y pompas, y fiestas,  
ya sabemos lo que cuestas;  
pero dime.... ¿cuánto vales?

No me niegues que te adoro,  
por ser á mi amor ingrata;  
y puesto que te hablo en plata,  
¿por qué no has de hablarme en

Dices que debo querer, (oro?  
que promesa es deuda.... ¡Bah!....  
aún somos libres, y ya  
quieres que empiece á deber?...)

Bien: apechugo y no cejo;  
echemos por el atajo;  
en fin, la prima rebajo;  
¿hay á mano un millonaje?

¿No? Pues, mira, no me asocio;  
y aunque me tientes, no peço;  
que tu amor á palo seco  
es malísimo negocio.

Adiós.... se me parte el alma;  
y si no hay en el barato  
una que tenga buen gato,  
juro enterrarme con palma.

JOSÉ SELGAS.

## CASUITISMO.

—La fiesta es hoy de Corpus, y es pecado  
en día trabajar tan señalado.  
Mas, diga lo que quiera un fariseo,  
obra de caridad es, según creo,  
agua dar al sediento, y mi hortaliza,  
por el sol abrasada, es ya ceniza;

la he de regar, que en día aunque festivo,  
el hombre debe ser caritativo.—  
Dijo así un hortelano, buen sujeto,  
que discurría bien, aunque paleta,  
y sin encomendarse á Dios ni al diablo,  
un pollino sacando del establo,

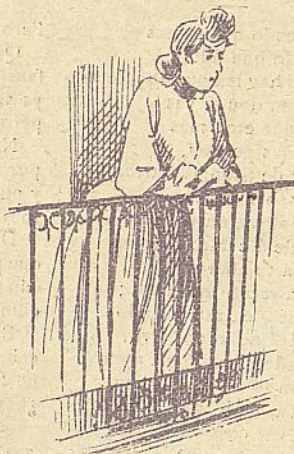




—¡Bebamos antes!— ¡Bebamos.



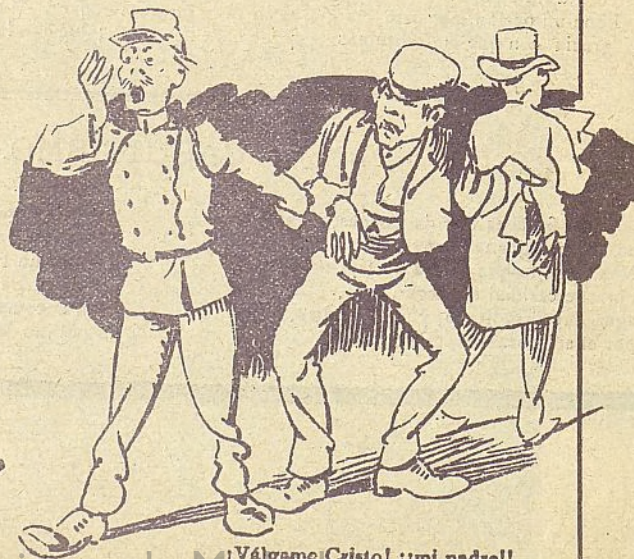
—¡Oh, qué filtro envenenado me dais en este papel!...



¡Pobre tórtola enjaulada,  
dentro la jaula metida,  
qué sabe ella si hay más vida  
ni hay más aire en que volar!



La barca del pescador  
que espera cantando el día



¡Válgame Cristo! ¡¡mi padre!!

Ayuntamiento de Madrid

auténticos.  
Aceptamos en pago sellos  
ños valores hasta 4 pesetas, de

Australia Occidental, Méjico, Congo, Cura-  
çao, Costa de Oro, Nicaragua, Perú, Antillas  
inglesas, Aiwar, Sarawate, Liberia y otros

NOTA. Toda la correspondencia y avisos telegráficos  
al Director, no contestándose ninguna consulta o pedido  
sin el pago anticipado de la respuesta.

de contratación para todas c'ases  
rtistas, en combinación con las princi-  
s A conciertos teatrales de



joh, infraccion del decálogo notoria!  
le condenó á dar vueltas á una noria.  
La infraccion vió un obispo que solía,  
pasar junto á la huerta cada día,  
en un coche, aunque antiguo, bien cuidado,  
por dos mulas magníficas tirado.  
Era en eso de fiestas muy severo;  
mandó el coche parar á su cochero  
y al hortelano á gritos reconvinó  
por hacer trabajar á su pollino.  
El hortelano, humilde y cabizbajo,  
oyó la reprimenda, y con trabajo  
espuso á Su Ilustrísima una duda

que de pronto asaltó su mente ruda.  
—Si faltó con mi burro á los preceptos  
impuestos por la Iglesia á sus adeptos,  
también con vuestras mulas yo discurro  
que faltais, cual yo faltó con mi burro.  
¿O tienen por ventura vuestras mulas  
para trabajar hoy algunas bulas?  
—¡Arrea, Sebastian!—amostazado  
dijo llamando al áuriga el prelado—  
¡qué tan ineptas ciertas gentes sean!  
Mis mulas no trabajan, que pascan.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

## LA SUEGRA DE S. PEDRO

### I.

El primero de los apóstoles se perfeccionó tanto en la virtud, que hasta llegó á querer á su suegra. Y cuidado que, según la tradición popular, era la peor de las suegras habidas y por haber. Entre todas las brujas que han visitado á Barahona, no se ha hallado otra semejante. Era más larga que un pleito; más negra que el alma de un neo; más flaca que la memoria de un *parvenu*. Su cabeza, levantándose sobre su imenso y descarnado cuello, como la de una cigüeña, estaba adornada por dos docenas de cabellos grises, que ataba cuidadosamente sobre la nuca. Sus ojos chicos, redondos, bailones y escondidos, parecían dos reptiles en sus cuevas. Su nariz se encorvaba á modo de pico, y su barba se elevaba con un gracioso lunar en medio: lunar de donde brotaban multitud de cerdas blanquecinas y retorcidas. Sus manos eran garras. Toda ella parecía un ave de rapiña más que una mujer, y lo mejor que tenía era la figura. Escusado es decir si quería á su yerno. Al saber que le habían martirizado, se murió de alegría. El diablo llegó, la cogió con unas tenazas y la echó en la correspondiente caldera de pez hirviendo.

### II.

San Pedro, á pesar de todo, seguía queriendo á su suegra en el otro mundo, y estaba descontento en el cielo porque no tenía á su suegra al lado. El ángel de la Justicia, que frecuentemente le acompañaba en la portería, unas veces por obligación y otras por gusto, notó que su buen amigo andaba caviloso, desganado y taciturno, y como en el cielo no se acostumbra á enfermar ni tener disgustos, le preguntó con interés que tenía.

San Pedro calló al pronto y trató de mudar de conversación, pero al fin se dejó

vencer y abrió su pecho á su compañero, como un rey de tragedia á un confidente.

—Lo confieso,—terminó diciendo,—sin mi suegra estoy sin sombra, y con más espin que un inglés en invierno. Esto no puede continuar.

—Desgraciadamente,—contestó el ángel,—durará toda la eternidad; porque, ¿cómo traer aquí esa arpía? ¡Bueno se pondría el cielo!

—Bien mirado, no es tan mala como te figuras.

—¡Bah!

—Y despues de lo que ha padecido, debe estar muy corregida.

—¿En el infierno, crees que se corrige alguien? Ni más ni menos que en una cárcel española. El que entra con una manchita, al poco tiempo está pintado de negro de los pies á la cabeza. Además, sabes que del infierno nadie sale.

—Acuérdate del emperador romano, á quien sacó uno de mis sucesores.

—Es cuento.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy, y de que se inventó para enaltecer el poder pontificio.

—Lo he de averiguar; pero aunque tengas razón, ¿no podrias hacerme un ligero favor? ¿No podrias dejar que mi suegra se esceptuase de la regla general, y fuese perdonada?

—¿Estás loco? Yo no puedo hacer eso.

Pues es preciso, porque si no me llamo á engaño. Yo no he venido aquí á estar triste, sino alegre, y no he de ser el único santo infeliz.

—Aleja de tí esas ideas.

—No puedo, ni quiero alejarlas, porque no quiero ser ingrato.

—¡Ingrato! ¿Con quién?

—Con mi suegra. ¿No sabes que la paciencia que con ella he ejercitado es la que más gloria me ha valido?

—En fin, yo no puedo hacer eso; lo más





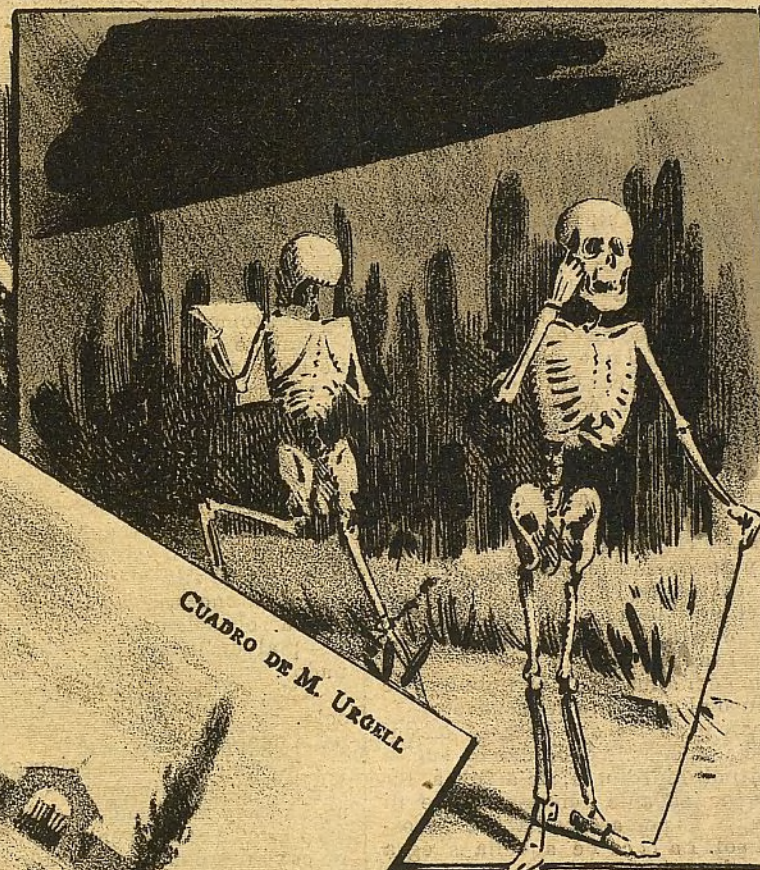
—...¿Muerto yo?  
—Sí; que el Chato te pinchó  
á la puerta de tu casa.



—¿Fabié académico? Bien  
hice yo en morirme.



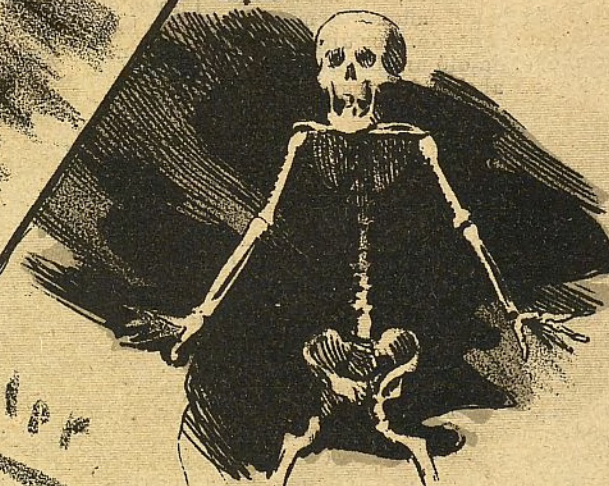
¡Dios mío, qué alegres  
lo pasan los muertos!



CUADRO DE M. URCELL

¿Qué habrá este querido decirme con lo de:  
«¡Hola, pálida mors!»? Porque yo me llamo Juan  
Lopez.

¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!



- Dispensen Vds, pero tengo la  
armadura á limpiar.



que puedo hacer, es decir al supremo Juez tu preteusión y recomendarla.

—Algo es algo: yo buscaré otros ángeles y santos que la recomienden también.

—¡Adios, pues, y hasta la vista!

—¡Adios, y gracias!

### III.

La misma conversación que con el ángel de la Justicia, tuvo San Pedro con el de la Misericordia y con otros muchos ciudadanos de la corte celestial; y tanto trabajó, y tanto trabajaron ellos, que al fin el Juez Supremo se dejó conmover.

Una mañana, el ángel de la Justicia se presentó á San Pedro y le dijo:

—He aquí lo que se ha resuelto. Aquí te traigo un hilo, con el que desde la puerta del cielo puedes sondear el fondo del abismo; llama á tu suegra, échasele, y si el peso de su maldad no le rompe, que suba por él al cielo.

El hilo era más delgado que un argumento escolástico, pero no había que murmurar.

San Pedro le cogió, se asomó á la puerta del cielo, y gritó, como en los antiguos autos sacramentales de España:

—¡Ah del terrible reino del espanto!—Y llamó á su suegra, á quien en alta voz (porque hay casi tanta distancia del cielo al infierno, como del alma de D. Quijote á la de Sancho) puso al corriente del asunto.

No le costó gran trabajo hacerse entender. La vieja, apenas le oyó, dando suelta á su habitual hidrofobia, le arrojó á los oídos una granizada de denuestos, que ni las flechas de los persas que habían de oscurecer el sol. La boca de aquella suegra no era boca humana; era la plaza de toros de Madrid, con malos toros, con malos toreros, y un presidente torpe. Cuando fatigada, se aplacaba un poco, no parecía más que una batería de mil cañones Armstrong, haciendo fuego graneado. Por último, Luzbel se incomodó, la dió un buen puntapié en la parte que Rabelais, agregado á una

embajada, temía tener que besar al Papa, en vista de que el embajador le besaba los piés, y poniéndole una mordaza (es decir, una bola de asfalto en la boca), le gritó:

—¡Bestia, escucha!

El alma rebelde de la suegra tuvo ya que contentarse con rabiarse de forros adentro.

Entonces fué cuando San Pedro echó su hilito.

Todos los condenados y todos los demonios que se habían enterado de lo que se trataba, corrieron á cojerle, dándose de pescozones como los chicos de Madrid que cojen aleluyas en los Viáticos de Pascua; y todo el infierno, menos la vieja, se colgó de aquel átomo de esperanza.

Aunque el hilo era delgado, todo el infierno colgado de él no parecía pesar en su punta más que una mosca en la de una maroma. Con el mismo Lucifer colgado ondeaba perfectamente en el viento.

Pero la vieja se abalanzó á la cuerda, gritando (en el barullo se había arrancado la mordaza):

—¡Fuera, fuera todos, que no teneis un yerno santo! Yo sola debo salvarme.

Se agarró ella sola á la cuerda y esta se estiró entonces, como si la hubiesen puesto cien arrobas de peso.

—¡Salvémonos todos!—decían los condenados.

—No, no,—repetía la vieja;—yo sola, yo sola.

La cuerda crugió.

—¡Todos, todos!—seguían gritando.

—¡Yo sola, ó ninguno!—chillaba la vieja, arañando y mordiendo á cuantos cojía.

El hilo se rompió entonces; todo el infierno cayó desplomado, y el ángel de la Justicia dijo á San Pedro, que lanzaba un grito de angustia:

—¿Ves cómo pedías un imposible? El cielo es el amor, y por eso es la felicidad. ¿Cómo han de entrar en él la envidia, la soberbia, ni el egoísmo?

CÁRLOS RUBIO.

## CUENTO

En una modesta villa, cuyo nombre no diré, por razón de que no sé si es de Aragón ó Castilla.

Vivió un mozo, en poca edad más espigado que un tallo, que era en sus tiempos el gallo de toda la vecindad.

Por su apostura bizarra ningún otro combatía,

y á los más fuertes vencía en la lucha y á la barra.

¿Quién, bailando, su destreza supo escuder ni igualar?

Nadie: en Juan era el bailar segunda naturaleza.

Con esto, con unas viñas, cuatro solares y un soto, y tras rico maniroto, era el coco de las niñas.

Digo mal: es condición humana, que nunca yerra, que no haya cosa en la tierra que no tenga su excepción.

No lejos de nuestro Juan al mismo tiempo vivía la linda Rosa María ¡bocado de mazapán!

Era la meza completa, de mucho humbo y donaire:





Yo no sé que mequétrefe  
hizo juntos enterrar  
á un gato, un ratón... y un Jefe  
de Aduanas en Ultramar.



Aquí yace Juan Zorongo,  
que murió de una erupción,  
por lavarse con jabón  
de los Príncipes del Congo.



Genio y figura  
hasta la sepultura.



Mucho por bailar le dió;  
no ha habido otra que la iguale;  
la pobrecita murió  
de tanto dale que dale.



la habló Juan, sufrió un desaire,  
y Juan perdió la chabeta.

Hasta aquel momento, el mozo  
no supo lo que era amor,  
perdió el sueño y el color,  
y el apetito y el gozo.

Hubo, como es natural,  
rondas... ¡diligencia ociosa!  
Nada pudo hacer á Rosa  
bajar de su pedestal.

Nada lograron los padres,  
codiciosos como viejos;  
ni aprovecharon consejos  
ni cábalas de comadres.

Las músicas fueron vanas,  
inútil fué la querella;  
todo lo oyó la doncella

como quien oye campanas.

Ni el amor, ni los placeres  
perturbaron su quietud...

¿Era sistema ó virtud?

¡Quien entiende á las mujeres!

Viendo que tales estremos  
no mellaban su altivez,  
apeló Juan de una vez  
á los recursos supremos.

Al mirarse hecho un retablo  
de duelos, triste y sin calma,  
resolvióse á dar el alma...  
(con horror lo digo) ¡al diablo!

Creyendo alcanzar merced,  
su memorial, como es uso,  
en un agujero puso,  
abierto en una pared.

Tardó el día á su impaciencia;  
mas cuando el papel sacó,  
¡pobre mozo! se encontró  
con esta inicua sentencia:

«¡Noramala para él!

¿Rosita? ¿Rosa María?

para mí la tomaria...»

Y lo firmaba: «Luzbel.»

Por fin se aclaró el arcano:  
á otro día, aquella Rosa,  
inflexible, desdeniosa,  
huyó con un escribano.

Súpolo Juan, y exclamó,  
remesándose el cabello:

—¡Estaba empeñado en ello  
y al cabo se la llevó!

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

## LETRILLA

### I.

No hay quien no diga  
que es una afrenta,  
ver el estado  
de nuestra escena;  
que ya los templos  
de la Comedia  
no se distinguen  
de las tabernas;  
que cada chiste  
que allí resuena  
nos descalabra  
como las piedras,  
y las cuadrillas  
que cancanean  
sólo en Sodoma  
se permitieran.  
A estos sermones  
de la decencia,  
más y más sordas,  
más y más tercas,  
responden juntas  
obras y empresas:  
—¿No quieren caldo?...  
Pues taza y media

### II.

Nacen algunos  
con tal estrella,  
que si ocho valen  
suben á ochenta.  
Para barridos  
son cosa buena;  
en los fregados  
vienen de perlas.

No dicen cosa,  
ni cosa piensan,  
que no entusiasmen  
á los babiecas.  
¡Abren la boca!  
¡Gracia estupenda!  
¡Pues ahí es nada  
cuando la cierran!  
Y mientras otros  
ven la soberbia  
de estas especies  
de Revalenta,  
repiten ellos  
con insolencia:  
—¿No quieren caldo?...  
Pues taza y media.

### III.

Da la política  
funciones bellas,  
y aunque son caras  
las menudea.  
¡Cómo se estira!  
¡Cómo se quiebra!  
¡Qué de equilibrios  
hace en la cuerda!  
¡Qué de arrastrarse!  
Ni las culebras.  
Juegos de manos,  
juegos de fuerza,  
saltos mortales  
y volteretas;  
en todo brilla,  
nadie lo niega.  
Los ejercicios

variar pudiera,  
ya que lo pide  
la conourenencia;  
mas eila, en jarras,  
dice muy fresca:  
—¿No quieren caldo?...  
Pues taza y media.

### IV.

Un millonario  
que oro apalea,  
cesi dos veces  
diez años lleva  
de matrimonio,  
vulgo sosera,  
porque sin hijos  
vive ó vejeta.  
En tanto un pobre  
machaca-piedras,  
por mujer tiene  
cierta manchega  
más paridora  
que una coneja.  
Y cuando aguarda  
que por lo enteca,  
y aun por lo horrible,  
y aun por lo vieja,  
no le regale  
ya más cosechas,  
le da de un golpe  
tres herederas:  
—¿No quieren caldo?...  
Pues taza y media.

VENTURA RUIZ AGUILERA.



## LÓGICA EXTRANA

—¡Todo, todo en el mundo  
crece cuarenta metros por segundo!

Esto decia un loco á cierto sabio  
que visitaba un día el manicomio;  
y al oír inferir tan rudo agravio  
al sentido comun, con vehemente  
celo digno de encomio,  
quiso pulverizar rápidamente  
la afirmación absurda del demente.

.....Inútilmente, en vano buscó el modo;  
cortóle el paso esta verdad probada:  
—«A creer cuanto vé nuestra mirada,  
»creciendo nuestra vista, como todo,  
»no crecería á nuestros ojos nada.»

Pensó que si el absurdo aconteciera,  
creciendo todo en proporción debida,  
eternamente igual la razón fuera  
entre lo mensurable y la medida.

No encontró medio el sabio  
de combatir del loco el desvarío,  
y dijo al fin con balbuciente labio:

--Por más que me es sensible  
tu afirmación estravagante y vana,  
yo no puedo probar que es imposible...  
¡Es limitada la razón humana!  
¡Dios la hizo así!

—¡No hay Dios!

—¡Cállate, impío!

¿Podrás ¡robarme acaso  
que Dios no existe?

—¿Y de que yo no pueda  
probarlo, no resulta el mismo caso  
de antes? ¿O quieres que á tu juicio ceda?  
Hay Dios, Corriente; concedido queda,  
pues no puedo probar que Dios no existe;  
pero te exijo, y la razón me asiste,  
y así en tu misma lógica me fundo,  
que has de admitir el hecho extraordinario  
de que todo en el mundo  
crece cuarenta metros por segundo,  
pues no puedes probarme lo contrario.

JOAQUIN M.<sup>a</sup> BARTRINA

## LA HERENCIA DEL POETA

El año qué sé yo cuantos  
de la creación del mundo,  
Júpiter mandó á los hombres  
venir á su trono augusto.

Llegaron, tosió, escupió,  
reinó silencio profundo,  
y el buen señor descolgóse  
con el siguiente discurso:

«Hasta el día de la fecha  
mi providencia os mantuvo,  
pero desde hoy, camaradas,  
la cosa toma otro rumbo.

Grata donación os hago  
de la tierra con sus frutos,  
del mar y de cuanto encierran  
los dos elementos juntos.

Mire cada ciudadano  
qué objeto es más de su gusto,  
cójalo; y al que lo atrape  
declároselo por suyo.»

¡Ira de Dios! ¡Con qué prisa  
echó á correr el concurso!  
Ya estaba Júpiter solo  
antes de medio minuto.

¡Qué empujones! ¡Qué porra-  
Aquello dicen que anduvo [zos!  
cual proclamación de reyes  
en que echan dinero al vulgo.

El labrador se apropió  
un campo extenso y fecundo,  
el pastor una dehesa,  
el arriero cien mulos,  
el fraile un buen refectorio,  
el juez la horca y el verdugo,  
los curas el pié de altar,  
y los reyes los tributos.

Cuando todo estaba ya  
tomado á fuerza de puños,  
héte que viene el poeta  
y se halla sin bien ninguno.

Pide parte y se la niegan;  
antes le llaman intruso,  
y donde el pobre se mete  
le quieren zurrar el bulto.

A Júpiter, el cuitado  
va por último recurso,  
y el dios le dice que—¿donde  
y en qué diablos se entretuvo?

—Señor, contestó el poeta,  
yo, que con piadoso impulso  
á los males del cerebro  
remedio buscar procuro,  
allá en un país distante  
donde tu orden no se supo,  
fundé un hospital de locos,  
y observándolos estudio.

Por esto falté al reparto,  
y tuera en verdad absurdo  
que yo me quedara *in albis*  
por ser bienhechor de muchos.

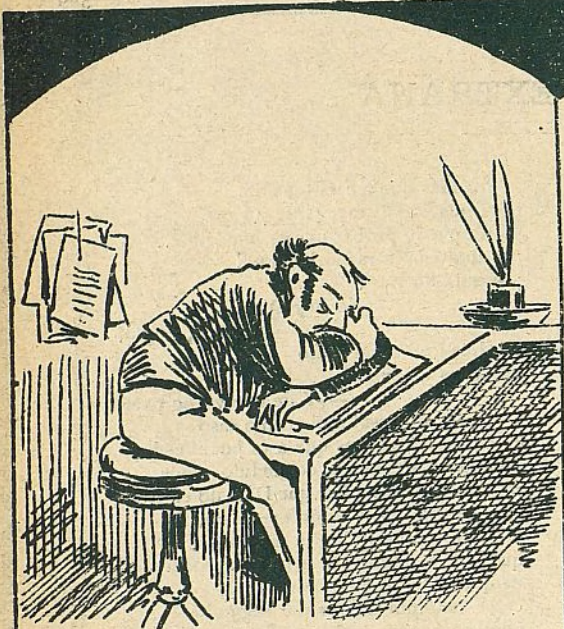
—Razón que te sobra tienes,  
respondió Júpiter sumo:  
justa tu tardanza fué,  
y es el atreverte justo.

Va que una casa de locos  
fundaste, según escucho,  
la jaula mejor de todas  
por herencia te instituyo.

Desde esta adjudicación,  
confirmada por el uso,  
la casa de locos es  
de los poetas refugio.

J. E. HARTZEMBUSCH.

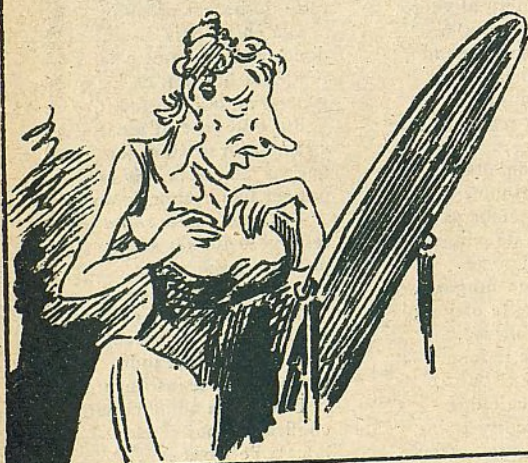




Aquí yace un empleado  
—que murió de escarlatina—  
á pierna suelta estirado  
(lo mismo que en la oficina.)



Se murió de sentimiento,  
manejando el instrumento.



Era un feo tan subido,  
que murió de un estallido.



Aquí yace el actor Vera,  
tan malo, que haciendo un día  
que con un puñal se hería,  
como si de veras fuera,  
de veras se lo clavó  
¡y sólo entonces logró  
que el público le aplaudiera!



## LA LIRA DE UNA SOLA CUERDA

Hay que convenir en que el afecto humano que por excelencia se designa con la palabra amor, sin adjetivo, es fuente inagotable de poesía. Así se explica que, por ejemplo, en el teatro toda obra escénica que no tenga por alma ese afecto parezca desahrida y fría, aunque jueguen en ella otros afectos bellísimos. Los cantos más hermosos de poesía han sido inspirados por el amor; pero también el amor ha inspirado é inspira y seguirá inspirando las mayores inepcias de la poesía, si es que poesía se puede llamar á lo que canta el amor en necio.

Esa mansedumbre de jóvenes que se creen llamados al cultivo de la poesía, á pesar de que Dios no los llama por semejante camino, no encuentra en su lira más cuerda que tañer que la del amor que he llamado sin adjetivo; el amor á la patria, el amor maternal, el amor filial, el amor á la naturaleza, el amor al arte, tantos y tantos amores, tantos y tantos afectos como comparten la dulce misión de los inspiradores de la poesía, no tienen para esos jóvenes valor ni belleza alguna, si hemos de juzgar por el desdén con que miran todos esos amores, para limitarse á cantar uno solo: el amor sin adjetivo, que ya sabemos cual es. Este amor, el que tiene por principal incentivo la diversidad de sexo, es muy digno de cantarse y ha inspirado en la poesía cantos muy hermosos, siempre que los cantores no han sido rimadores vulgares; pero ¡qué tonterías no ha inspirado, inspira y seguirá inspirando á los simples rimadores!

Aun muchos jóvenes que tienen elementos innatos para cultivar con gloria la poesía, así que perfeccionen su gusto estético, parecen estar persuadidos de que su lira no tiene más que una cuerda, la cuerda del amor sin adjetivo, ó si se quiere, del amor por excelencia. Más de cuatro veces jóvenes que, andando el tiempo, se han distinguido como verdaderos poetas, acercáronse á mí, tímida y modestamente, para que examinara y juzgara la colección de sus primeros ensayos poéticos, y les dijese con toda franqueza lo que de estos ensayos pensaba, y he tenido el sentimiento de ver que su lira no tenía más que la susodicha cuerda: «A los ojos de A.—A la sonrisa de B.—Al cabello de C.—A una flor que me dió D.—¡Tu amor ó la muerte!—¡A E.—Pensando en tí.—A F.,» y así todo el alfabeto, repitiendo á Fulanita y á Menganita vulgaridades amorosas que se han dicho millares de veces, y que, por tanto, no deben haber costado grandes cavilaciones al rimador.

Siempre he procurado dulcificar á éste la

píldora, entre otras razones, porque probablemente así comenzaría yo; pero bien hubiera podido dársela en estos amargos términos:

—Pero, criatura, ¿usted no tiene madre, no tiene patria, no tiene Dios, no tiene sol en el cielo, no tiene flores en la tierra, no ve en el mundo más que una hermosura, no siente en él más que un afecto? En hora buena que Fulanita ó Menganita tenga una cuerda en la lira de usted; pero, lira de una sola cuerda, por bien que se la pulse, produce un cencerreo que no hay quien lo aguante. La cuerda de Fulanita ó Menganita le sonará á usted muy bien; pero, criatura, ¿no ve usted que el prójimo no tiene las mismas razones que usted para que bien le suene esa cuerda? Entre col y col, lechuga, y quien dice lechuga, dice Fulanita ó Menganita; pero, ¡por los clavos de Cristo! no olvide usted que en la variedad está el gusto.

Hay ejemplos de no haberse tocado vulgaridades con la lira de una cuerda sola; pero es pedir peras al olmo, pedir esas excepciones á la muchedumbre de metrificadores imberbes, y aun barbados, que por todas partes se nos descuelgan con imágenes y conceptos tan sentidos y profundos como estos: que las mejillas de Fulanita avergüenzan á las rosas, y que nacen flores donde pisa Menganita.

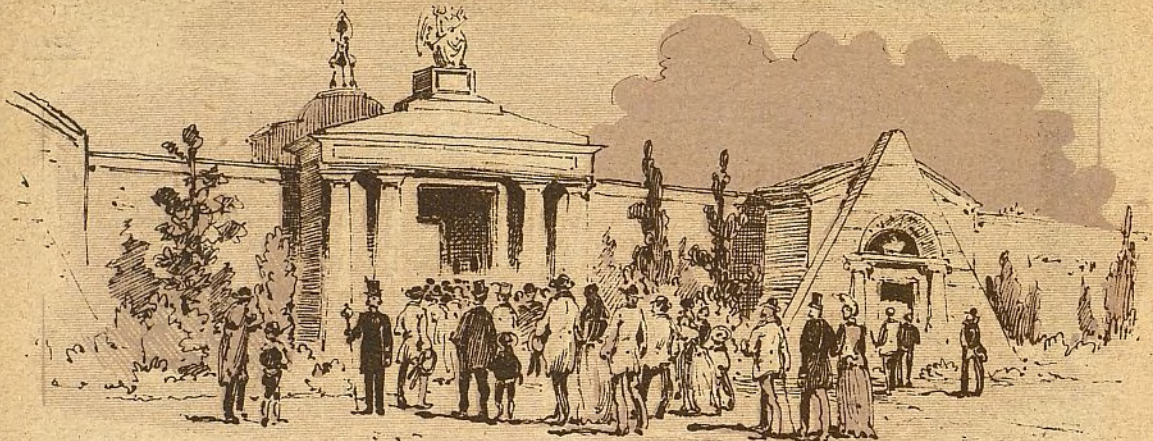
Yo quisiera ver una cosa del tenor siguiente: que se colocasen en correcta formación, desde Bilbao al mar, ó sea en una extensión de dos leguas largas, y en actitud de ¡en su lugar, descanso! todos los metrificadores españoles de lira de una cuerda sola, que de seguro tendrían que apretarse mucho para caber en tan largo espacio; que una vez formados así, apareciera, por ejemplo, Moratin, ú otro maestro por el estilo, á pasarles revista; que el maestro fuera haciendo puntear á cada cual un poquito la susodicha cuerda, y que, según fuera oyendo el punteo, fuese arrojando á la ría toda lira que no le sonase bien. No me cabe la menor duda de que la navegación de la ría quedaría interrumpida hasta que la desembarazase de liras un «aguaducho», como aquí llamamos á las avenidas; pero la divina poesía se vería libre del cencerreo que más estraga su oído y su reputación.

La lira de una cuerda es divina en manos del Petrarca; pero en vuestra mano, Petrarquillas que teneis por Laura á Fulanita ó Menganita, es cencerreo que merece ser tañido por las olas que se estrellan en las rocas de Arrigunaga y Galea.

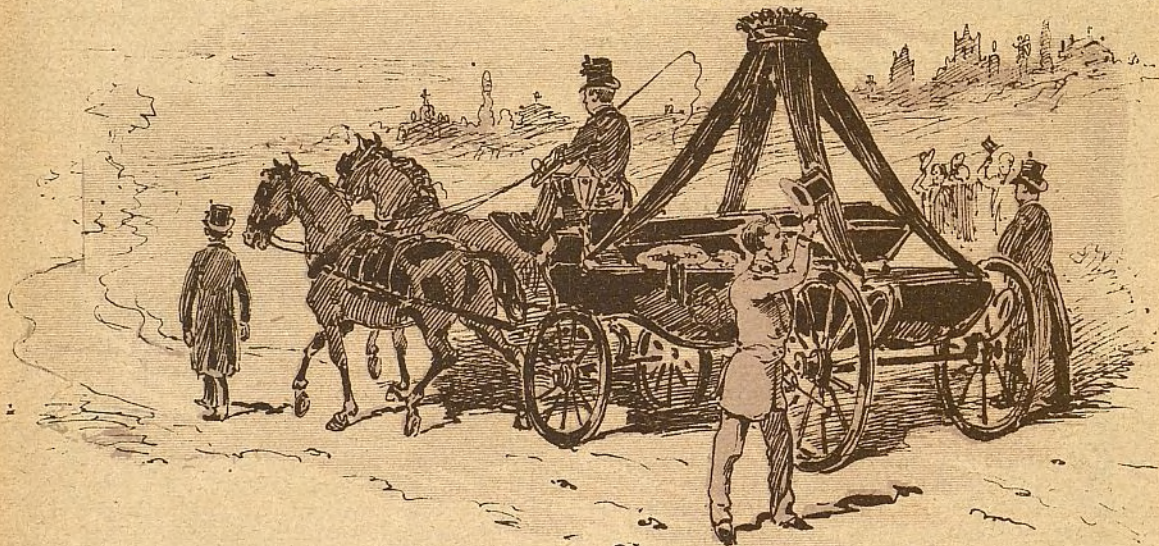
ANTONIO DE TRUEBA



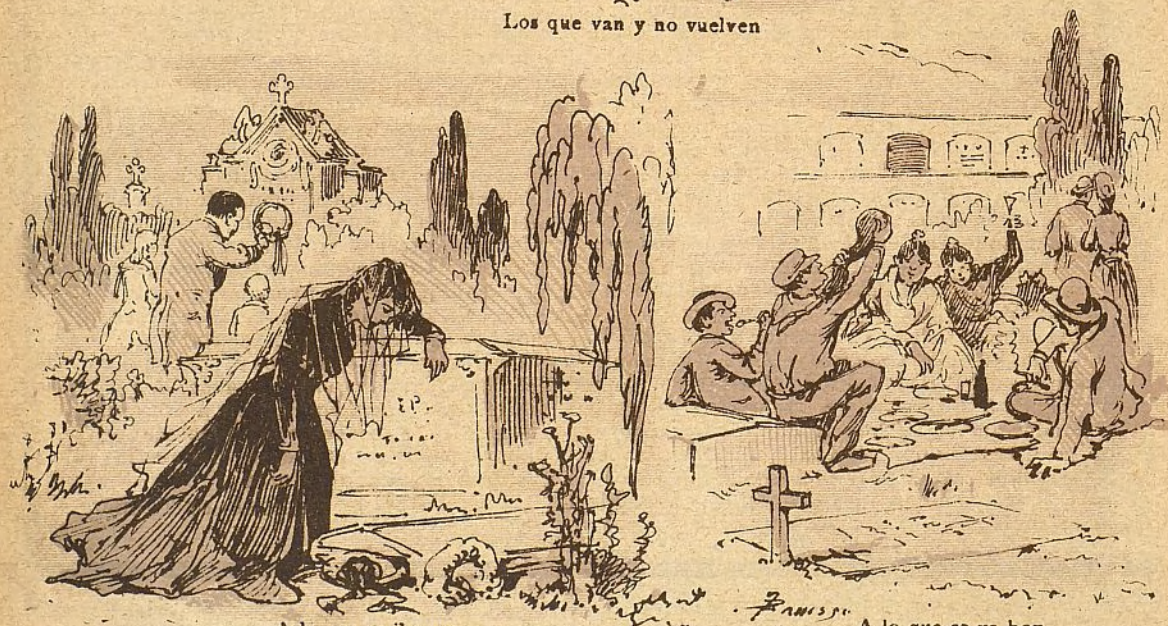
¡AL CEMENTERIO!, POR PAHISA.



Los que van y vuelven



Los que van y no vuelven



A lo que se iba antes

A lo que se va hoy



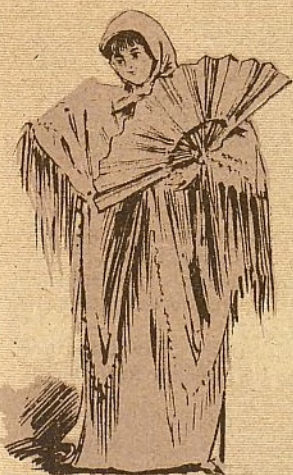
COSAS DEL OTRO MUNDO, POR MOYA.



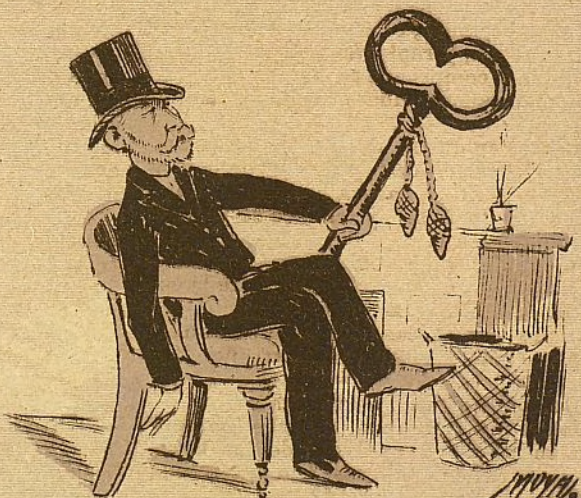
El retrato de Caronte  
(de un croquis de Jenofonte).



Transmigración del alma de un borracho



La Gloria



San Pedro (alcalde de Madrid).



## COSAS QUE SUCEDEN

Me refirió ayer Elisa  
un lance que la pasó,  
que cuando me acuerdo yo  
me muero á solas de risa.

Juzgué su veracidad,  
dudosa en esta materia;  
pero me juró muy sería  
que era la pura verdad.  
Frente por frente sentados  
llegué á pedirla por Dios,  
pues reíamos los dos  
como unos desesperados

Y el caso es que si refiero  
lo que ella me contó allí,  
estoy seguro que á mí

me tendrán por embustero.

Pues si despacio se mira  
el suceso, á mi entender,  
aunque se puede creer,  
tiene visos de mentira.

Mas no puedo en él tampoco  
pensar, pues así que pienso,  
aunque yo no soy propenso,  
ya me río como un loco.

Y es cosa casi precisa  
que el lance le sucediera,  
si no ¿qué me lo dijera?  
y eso que es el diablo Elisa.

Si hablo con sinceridad,  
después de tanto reir,

no me atrevo á decidir  
si es mentira ó es verdad.

Y no hay que decir siquiera  
que en decidir me aventuro,  
pues mi duda, estoy seguro  
que se le ocurre á cualquiera.

Así, por no ser prolijo,  
aunque no entraba en mi plan,  
contaré, *pe a ene*, pan,  
lo que riendo me dijo:

Fué, pues, que saliendo Elisa,  
anoche de su aposento...  
pero no, que si lo cuento  
se van á morir de risa.

JULIO MONREAL.

## LAS HOJAS SECAS

El sol se había puesto: las nubes, que  
cruzaban hechas girones sobre mi cabeza,  
iban á amontonarse unas sobre otras en el  
horizonte lejano. El viento frío de las tar-  
des de otoño arremolinaba las hojas secas  
á mis pies.

Yo estaba sentado al borde de un cami-  
no, por donde siempre vuelven menos de  
los que van.

No sé en qué pensaba, si en efecto pensa-  
ba entonces en alguna cosa. Mi alma tem-  
blaba á punto de lanzarse al espacio, como  
el pájaro tiembla y agita ligeramente las  
alas antes de levantar el vuelo.

Hay momentos en que, merced á una se-  
rie de abstracciones, el espíritu se sustrae á  
cuanto le rodea, y replegándose en sí mis-  
mo, analiza y comprende todos los misterio-  
sos fenómenos de la vida interna del hom-  
bre.

Hay otros en que se desliga de la carne,  
pierde su personalidad y se confunde con  
los elementos de la naturaleza, se relacio-  
na con su modo de ser, y traduce su incom-  
prendible lenguaje.

Yo me hallaba en uno de estos últimos  
momentos, cuando solo y en medio de la es-  
cueta llanura oí hablar cerca de mí

Eran dos hojas secas las que hablaban, y  
éste, poco más ó menos, su extraño dia-  
logo:

—¿De dónde vienes, hermana?

—Vengo de rodar con el torbellino, en-  
vuelta en la nube del polvo y de las hojas  
secas nuestras compañeras, á lo largo de la  
interminable llanura. ¿Y tú?

—Yo he seguido algún tiempo la corrien-  
te del río, hasta que el vendaval me arran-  
có de entre el légamo y los juncos de la  
orilla.

—¿Y á dónde vas?

—No lo sé: ¿lo sabe acaso el viento que  
me empuja?

—¡Ay! ¿Quién diría que habíamos de aca-  
bar amarillas y secas arrastrándonos por  
la tierra, nosotras, que vivimos vestidas de  
color y de luz meciéndonos en el aire?

—¿Te acuerdas de los hermosos días en  
que brotamos: de aquella apacible mañana  
en que, roto el hinchado botón que nos ser-  
vía de cuna, nos desplegamos al templado  
beso del sol como un abanico de esme-  
raldas?

—¡Oh! ¡Qué dulce era sentirse balancea-  
da por aquella brisa á aquella altura, be-  
biendo por todos los poros el aire y la luz!

—¡Oh! ¡Qué hermoso era ver correr el  
agua del río que lamía las retorcidas raíces  
del añoso tronco que nos sustentaba, aquel  
agua limpia y trasparente que copiaba co-  
mo un espejo el azul del cielo, de modo que  
creíamos vivir suspendidas entre dos abis-  
mos azules!

—¡Con qué placer nos asomábamos por  
cima de las verdes frondas para vernos re-  
tratadas en la temblorosa corriente!

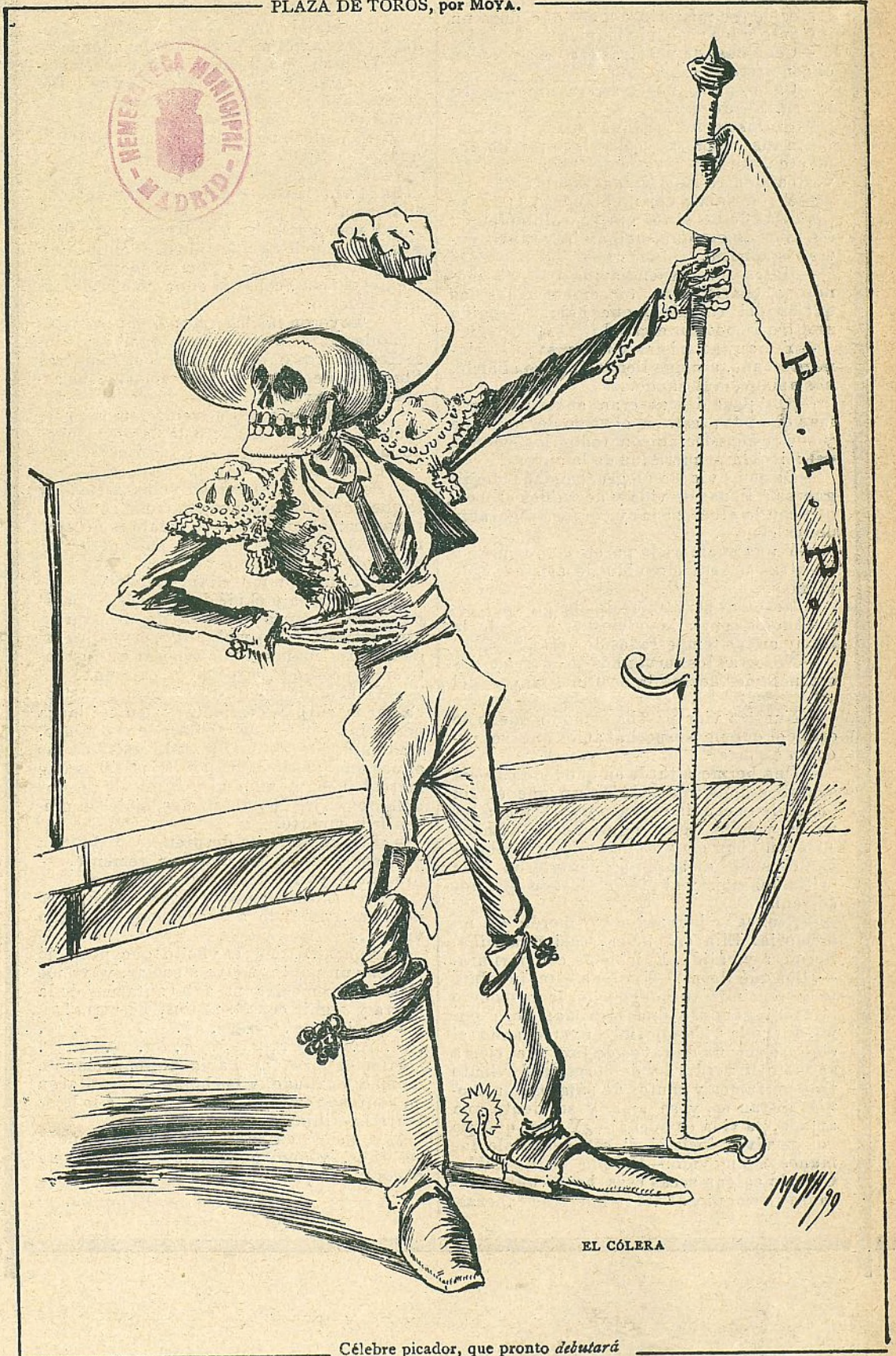
—¡Cómo cantábamos juntas imitando el  
rumor de la brisa y siguiendo el ritmo de  
las ondas!

—Los insectos brillantes revoloteaban  
desplegando sus alas de gasas á nuestro al-  
rededor.

—Y las mariposas blancas y las libelulas  
azules, que giran por el aire en extraños  
círculos, se paraban un momento en nues-  
tros dentellados bordes á contarse los se-



PLAZA DE TOROS, por MOYA.



EL CÓLERA

Célebre picador, que pronto *debutará*



cretos de ese misterioso amor que dura un instante y les consume la vida.

—Cada cual de nosotras era una nota en el concierto de los bosques.

—Cada cual de nosotras era un tono en la armonía de su color.

—En las noches de luna, cuando su plateada luz resbalaba sobre la cima de los montes, ¿te acuerdas cómo charlábamos en voz baja entre las diáfanas sombras?

—Y referíamos con un blando susurro las historias de los silfos que se columpiaban en los hilos de oro que cuelgan las arañas entre los árboles.

—Hasta que suspendíamos nuestra monótona charla para oír embebecidas las quejas del ruiseñor, que había escogido nuestro tronco por escabel.

—Y eran tan tristes y tan suaves sus lamentos, que, aunque llenas de gozo al oírle, nos amanecía llorando.

—¡Oh! ¡Qué dulces eran aquellas lágrimas que nos prestaba el rocío de la noche y que resplandecían con todos los colores del iris á la primera luz de la aurora!

—Después vinola alegre bandada de jilgueros á llenar de vida y de ruidos el bosque con la alborozada y confusa algarabía de sus cantos.

—Y una enamorada pareja colgó junto á nosotras su redondo nido de aristas y de plumas.

—Nosotras servíamos de abrigo á los pequeñuelos contra las molestas gotas de la lluvia en las tempestades de verano.

—Nosotras les servíamos de dosel y los defendíamos de los importunos rayos del sol.

—Nuestra vida pasaba como un sueño de oro, del que no sospechábamos que se podría despertar.

—Una hermosa tarde en que todo parecía sonreír á nuestro alrededor, en que el sol poniente encendía el ocaso y arrebolaba las nubes, y de la tierra ligeramente húmeda se levantaban efluvios de vida y perfumes de flores, dos amantes se detuvieron á la orilla del agua y al pie del tronco que nos sostenía.

—¡Nunca se borrará ese recuerdo de mi memoria! Ella era joven, casi una niña, hermosa y pálida. El le decía con ternura: —¿Por qué lloras?—Perdona este involuntario sentimiento de egoísmo, le respondió ella enjugándose una lágrima; lloro por mí. Lloro la vida que me huye: cuando el cielo se corona de rayos de luz, y la tierra se viste de verdura y de flores, y el viento trae perfumes y cantos de pájaros y armonías distantes, y se ama y se siente una amada, ¡la vida es buena!—¿Y por qué no has de vivir? insistió él estrechándole las manos conmovido.—Porque es imposible. Cuando caigan secas esas hojas que murmuran armoniosas sobre nuestras cabezas,

yo moriré también, y el viento llevará algún día su polvo y el mío ¿quien sabe adonde?

—Yo lo oí y tú lo oíste, y nos estremecimos y callamos. ¡Debíamos secarnos! ¡Debíamos morir y girar arrastradas por los remolinos del viento! Mudas y llenas de terror permanecíamos aún cuando llegó la noche. ¡Oh! ¡Qué noche tan horrible!

—Por la primera vez faltó á su cita el enamorado ruiseñor que la encantaba con sus quejas.

—A poco volaron los pájaros, y con ellos sus pequeñuelos ya vestidos de plumas; y quedó el nido solo, columpiándose lentamente y triste, como la cuna vacía de un niño muerto.

—Y huyeron las mariposas blancas y las libelulas azules, dejando su lugar á los insectos oscuros que venían á roer nuestras fibras y á depositar en nuestro seno sus asquerosas larvas.

—¡Oh! ¡Y cómo nos estremecíamos encogidas al helado contacto de las escarchas de la noche!

—Perdimos el color y la frescura.

—Perdimos la suavidad y las formas, y lo que antes al tocarnos era como rumor de besos, como murmullo de palabras de enamorados, luego se convirtió en áspero ruido, seco, desagradable y triste.

—¡Y al fin volamos desprendidas!

—Hollada bajo el pié de indiferente pasajero, sin cesar arrastrada de un punto á otro entre el polvo y el fango, me he juzgado dichosa cuando podía reposar un instante en el profundo surco de un camino.

—Yo he dado vueltas sin cesar arrastrada por la turbia corriente, y en mi larga peregrinación ví, solo, enlutado y sombrío, contemplando con una mirada distraída las aguas que pasaban y las hojas secas que marcaban su movimiento, á uno de los dos amantes cuyas palabras nos hicieron presentir la muerte.

—¡Ella también se desprendió de la vida y acaso dormirá en una fosa reciente, sobre la que yo me detuve un momento!

—¡Ay! Ella uderme y reposa al fin; pero nosotras, ¿cuándo acabaremos este largo viaje?...

—¡Nunca!... Ya el viento que nos dejó reposar un punto vuelve á soplar, y ya me siento estremecida para levantarme de la tierra y seguir con él. ¡Adios, hermana!

—¡Adios! . . . . .

Silbó el aire que había permanecido un momento callado, y las hojas se levantaron en confuso remolino, perdiéndose á lo lejos entre las tinieblas de la noche.

Y yo pensé entonces algo que no puedo recordar, y que, aunque lo recordase, no encontraría palabras para decirlo.

GUSTAVO A. BECQUER.



## PEQUEÑA COMEDIA

## POR SER DESAGRADECIDO

## DE ÉL Á ELLA.

Me arranco el triste corazón sangriento,  
y roto y palpitante te lo envío;  
con él va del dolor que siento impío  
el abrasado y loco sentimiento.

Tu imagen pura en mis entrañas siento,  
adormido en tu encanto desvarío,  
y contemplo tu sér, y me extasio,  
de belleza y espíritu un portento.

¿Qué criatura el perfume delicioso  
tuvo que tienes tú, conjunto bello  
de toda pura y divinal esencia?

Tú llevas en tu casta frente el sello  
que el Señor dió á sus ángeles, glorioso,  
de fé, de amor, de luz y de inocencia.

## TENACIDAD.—DEL MISMO Á LA MISMA.

La encantada poesía  
que de tu esencia rebosa  
cual un angel te hace hermosa  
en mi ardiente fantasía

Tienes algo misterioso  
que yo á comprender no llego,  
algo divino en que ciego,  
infinito, esplendoroso.

Yo no tengo sér ni nombre,  
no soy de ayer ni de hoy;  
cuando en tí me absorvo, soy  
un espíritu, no un hombre.

Es mi amor por tí inmortal,  
es pura esencia divina,  
luz del alma que ilumina  
la región de lo ideal.

Es un perfume tan leve,  
de tan delicioso olor,  
como el que exhala la flor  
cuando el céfiro la mueve.

De la abrasada alma mía  
es un lánguido lamento,  
dulce y triste, como el viento  
que gime en la selva umbría.

Es, en fin, cuanto se encierra  
en mi sér de tierno y puro;  
es un amor, te lo juro,  
del cielo, no de la tierra.

Si un momento de placer  
te dan mis versos, bien hayan,  
y benditos de Dios vayan  
si han de infiltrarse en tu sér.

## DE ELLA Á ÉL.

Dice mamá que un hombre  
de tan buen pico,  
que tiene Juan por nombre  
y es guapo y rico,  
si ha de casarse,  
por aquesta su casa  
puede pasarse.

## DE ÉL Á UN SU AMIGO.

Soy feliz como el ave, que en la enramada trina,  
como el que el seco labio en agua cristalina  
refresca á su sabor.

Mi esposa es un arcangel de encanto y hermosura,  
hasta su madre-¡asómbtrate!-por colmo de ventura  
me trata con amor.

## CONTESTACIÓN DEL AMIGO.

Hiciste al fin la crasa tontería:  
¡pan de boda! ¡ay de tí! Cuando esté duro  
búscame si te encuentras en apuro;  
goza en tanto tu amor: hasta otro día.

## DE ELLA Á UNA AMIGA SUYA.

Elisa de mi vida,  
cogí mí tonto:  
si tienes quien te pida,  
cásate pronto.  
¡Ya salgo sola  
sin que mamá ni nadie  
venga á la cola!

## EN LA CALLE.

Él. ¡Ella con uno! ¡Oh furor!  
Ella. ¡Mi marido!

El amante. ¿Nos ha visto?

Ella. Sí.  
El amante. Pues bien, yo no hago el Cristo.  
Ella. ¡Ay de mí!

El. ¡Y huye el traidor!

Ella. ¿Tú, Juanito, por aquí?

El. ¿Qué desenfado procaz!

Ella. Hijo, ¿á que eres capaz  
de tener celos?

El. ¡Lo vi!...

¡lo toqué!... ¡mi deshonor!...

Ella. ¡Tú de un pillo acompañada!

¡Yo de tal modo injuriada!

El. ¿Y ese, Juanito, es tu amor?

Ella. Mi amor es éste.

El. ¡Oh, qué ultraje!

¡Una bofetada á mí!

El. ¡Y el otro vá por allí!

¡Al ladrón! ¡no hay quien le ataje!

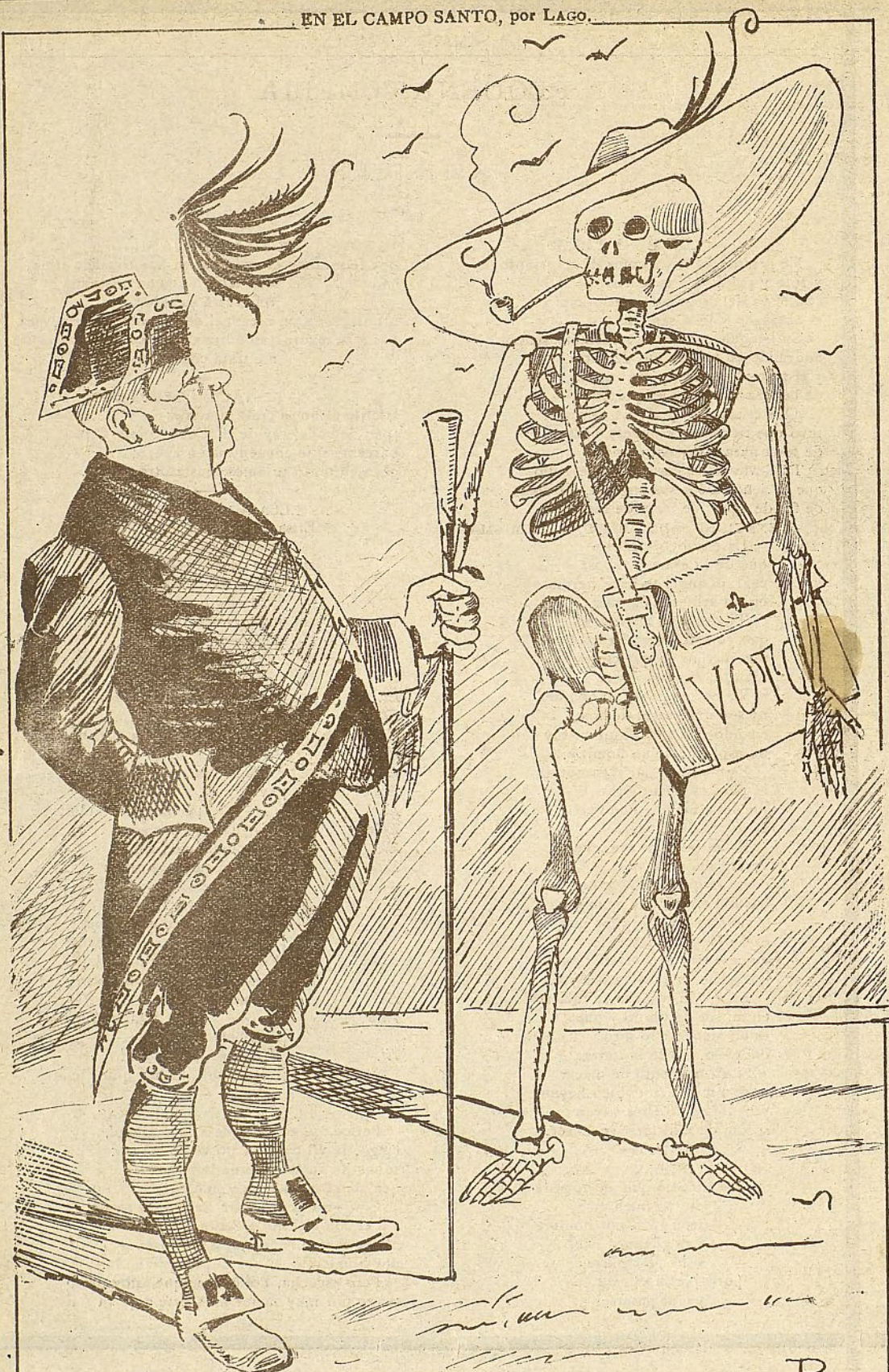
## ÉL AL AMIGO DE MARRAS.

Perico, quien se rinde á la coyunda,  
ciego, la vil traición no ve dó asoma:  
se me ha vuelto gallina la paloma  
que adoré candorosa y pudibunda.

Con otro la encontré, la dí una tunda,  
y á él con un tiro le cobré la broma:  
ahora el juez declaración me toma  
por homicidio en que el proceso funda.

Pero escucha, Perico: aunque estoy preso  
tengo por muy mejor mi suerte esquivada.





— ¡Eh, buen mozo! no se puede salir.  
 — Pues los demás años bien salíamos.  
 — Es que este año hay sufragio universal y no debeis salir; que con tantos como sois, seréis pocos todavía para llenar las listas electorales.

que cuando  
 no me p  
 y viva m  
 me guarda

EPITA

Apen  
 el prim  
 de D. M  
 edición  
 no nos  
 para se  
 Lo a  
 para q  
 por su  
 podem  
 deseo.

Ya  
 cual fu  
 cha po  
 La v  
 tiraje

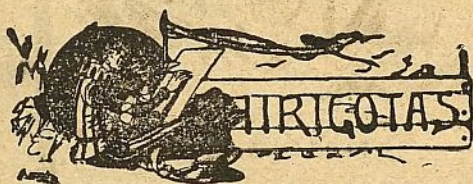
Qui  
 así co  
 der nu  
 Sin  
 de los  
 y extr  
 verda  
 des n  
 de los  
 Si e  
 que il

La  
 publi  
 Y l  
 censu  
 Pe  
 ¿sabe  
 quín



que cuando de ella me juzgué querido:  
no me pesa del lance ni el proceso  
y viva mi mujer, pues mientras viva  
me guarda de volver á ser marido.

EPITAFIO DEL AMIGO CONSABIDO EN LA  
TUMBA DE ÉL.  
Aquí yace un desdichado  
que en presidio se encontró



Apenas pusimos á la venta, el sábado, el primero de nuestros *Suplementos*—obras de D. Narciso Oller—quedó casi agotada la edición en Barcelona hasta el punto de que no nos restan sino poquísimos ejemplares para servir los pedidos de provincias.

Lo advertimos á algunos corresponsales, para que no se llamen á engaño si luego, por su tardanza en hacer los pedidos, no podemos servirlos como sería nuestro deseo.

✱

Ya ha salido el folleto ¡*Calaf!* para el cual fuimos á tomar notas y apuntes á dicha población.

La verdad es, que, por lo que respecta al tiraje

*esta vez nos ha salido  
un poquito desigual.*

Quiero decir, que nos ha resultado algo así como un esperpento, dicho sea sin ofender nuestra proverbial modestia.

Sin embargo como la cosa, según opinión de los más afamados estadistas nacionales y extranjeros, está escrita y dibujada con verdadera gracia, creo que no harán ustedes nada de más en acercarse á cualquiera de los kioscos de la Rambla y comprarla.

Si es que quedan ejemplares; que al paso que iban el día que se publicó...

✱

La Unión Católica censura duramente la publicación de periódicos pornográficos.

Y hace bien y yo le ruego que una mis censuras á las suyas.

Pero á seguida echa la culpa del hecho... ¿saben Vdes. á quién? A Lutero, á Montesquiu, á Rousseau, á Descartes, á Pesfeu-

porque á otro tonto mató  
creyéndose deshonrado;  
pues que llegó á tal estado  
quíranle compadecer,  
que no llegó á comprender  
que mucho mejor le fuera  
si al otro le agradeciera  
le quitase su mujer.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

doff y á no sé cuantos filósofos y escritores más.

Y esto ya no me parece tan bien.

Porque, Señor ¿qué tendrá que ver Rousseau, pongo por caso, con la publicación de *El Chisme*?

De modo que ya lo sabe el fiscal de S. M. La Unión Católica le señala á los delinquentes.

¿Resbala uno de esos... papeles? ¿se desmanda y hay que aplicarle un correctivo?

Pues... ¡multazo á Rousseau, que es quien tiene le culpa!

¡Y que le entren moscas á esta lógica de los mestizos!

✱

En prensa ya el presente número, recibimos para él dos páginas de dibujos de *Me-cachis*, preciosas, como suyas.

Si el exceso de original no lo impide, las publicaremos el número que viene.

## Cuadro de honor

### CORRESPONSALES

#### que nos deben y no nos pagan

	Ptas.
D. Ignacio Guerola, de Valencia	261
» P. García de Valladolid, de Murcia	152'68
» Severino Valdés, de Gijón	105'50
» Pedro Arnaez, de Ávila	106'80
» Ramón Perez, de Alcoy	50'38
» E. Araujo Boderó, de Lugo	64'50
» J. Julián, de Almería	30
» Juan J. del Aguila, de Vigo	46
» Manuel Garrigós, de Murcia	65'40
» Constantino Vilasau, de Palafrugell	
» Miguel Escobedo, de Nevelda	19,62
» Santiago Perez, de Cáceres	18

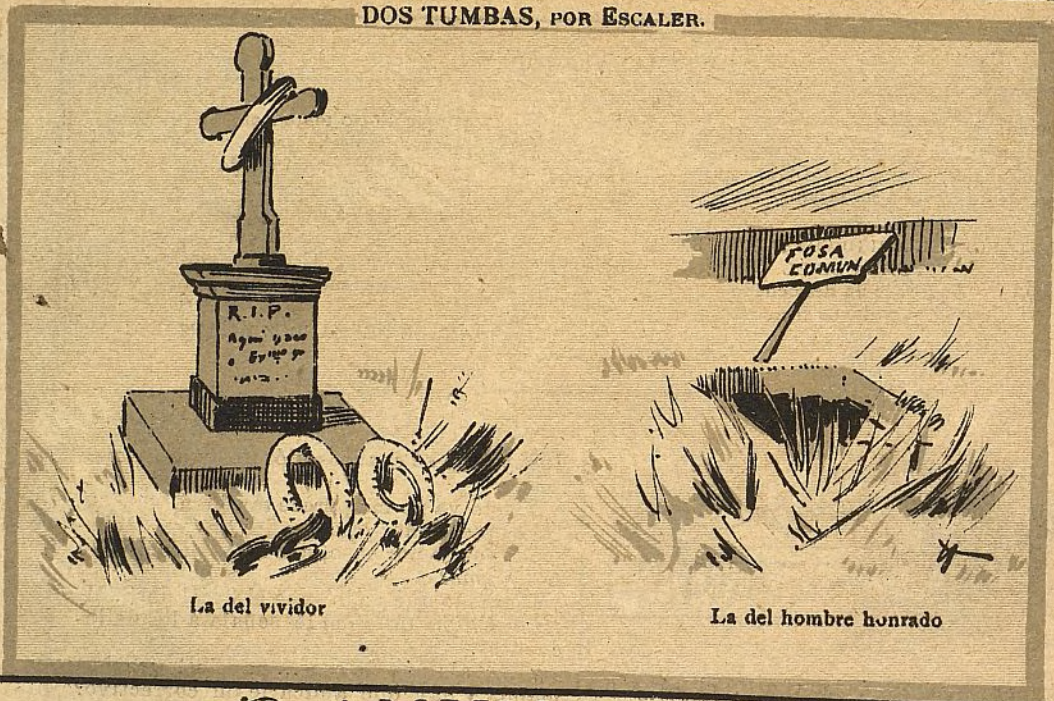
TOTAL... Pesetas 919'88

NOTA.—Este cuadro se publicará semanalmente y sólo eminaremos de él á los señores que paguen sus cuentas.

Imp. de Calzada.—Arco Teatro, 9, pasaje



## DOS TUMBAS, POR ESCALER.



## ANUNCIOS

## LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.

Colaboran en él los mejores literatos y los más celebrados dibujantes

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona. . . . .	Trimestre.	1'50 ptas
Fuera. . . . .	Semestre.	5

Número corriente: 10 céntimos

Número atrasado: doble precio

Las suscripciones empiezan en 1. de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

## REDACCION Y ADMINISTRACION

VERTRELLANS, 3, 1.º—BARCELONA.

DESPACHO: TODOS LOS DIAS LABORABLES  
DE 2 Á 4 TARDE

## Atención!!!

SE HA PUBLICADO YA  
EL

PRIMER SUPLEMENTO DE «LA SEMANA CÓMICA»

## Obras de D. Narciso Oller

EL BOFETON LA FÁBRICA

EL DRAMA DE VALLESTRET

AGRURAS DEL ARTE LA INDISCRECIÓN

EL CHICO DEL PANADERO

Forman un folleto de 64 páginas.

Precio 1 real

Advertimos á los señores corresponsales que no servimos más que los pedidos que expresamente se nos hagan; debiendo tener presente que de estos Suplementos NO SE ADMITEN DEVOLUCIONES.

En preparación el Suplemento segundo:

POEMAS DE CAMPOAMOR